

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Delicias chinas

Desaparecen cuatro agentes de la MVD que están operando en la Costa Este de Estados Unidos. Es un hecho no sólo desconcertante, sino inquietante. Sin embargo, los rusos no hacen nada, es como si esos cuatro agentes suyos jamás hubieran existido. Brigitte decide tomar cartas en el asunto, lo que le lleva a introducirse en una repulsiva serie de traiciones y crímenes.



Lou Carrigan

Delicias chinas

Brigitte en acción - 360

ePub r1.0

Titivillus 09-11-2017

Lou Carrigan, 1984
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¿Servicio, señorita? —se ofreció el empleado del aeropuerto.

—Sí, por favor —suspiró aliviada Brigitte, señalando su equipaje —… Esas dos maletas.

El empleado que tan oportunamente había aparecido se hizo cargo de las dos maletas, y se dirigió hacia la salida de los vuelos internacionales. Tras él, contemplada con pasmo por hombres y mujeres, Brigitte Bierrenbach Montfort, alias «Baby», la sin par agente de la CIA, caminaba cruzando el vestíbulo, un tanto distraída.

Y cansada. Sí, tantos viajes empezaban a cansarla ya. Eran demasiados años de tomar aviones, barcos, trenes, helicópteros y toda clase de vehículos, siempre de un lado a otro del mundo arriesgando su vida por el prójimo. Así que se había propuesto descansar una temporada, ser durante algunas semanas solamente la periodista Brigitte Montfort, olvidando que era, al mismo tiempo, la mejor espía del mundo.

Pero…

Pero tuvo que comprender que esto no podría ser cuando, ya en el exterior, el mozo que cargaba con su equipaje se detuvo, la miró, y dijo, sonriente:

—Bien venida de nuevo a casa, Baby.

—Oh, no —gimió Brigitte.

—No me culpe a mí —se defendió el hombre—. Yo soy solamente un Simón. Y le aseguro que si pudiera ocupar su puesto para que usted descansara, lo haría. El jefe está en el taxi.

El agente de la CIA señaló con la barbilla el taxi que se detenía en aquel momento frente a ellos. Brigitte volvió a suspirar, resignada. El taxista se apeó, abrió el maletero, y el compañero que cumplía ahora funciones de mozo de aeropuerto colocó las maletas dentro. Luego volvió ante Brigitte, sonriente.

—Buena suerte —murmuró.

Y tendió la mano, Brigitte estuvo a punto de echarse a reír, pero siguió el juego. De su bolso sacó un billete que pagaba con creces el servicio, y lo entregó a su compañero de la CIA, por si alguien se fijaba especialmente en ellos.

—Gracias, señorita. ¡Es usted muy generosa!

—Espero que no tenga que gastárselo en flores para mi tumba —sonrió Brigitte.

—¡No diga esas cosas! —Palideció el agente de la CIA.

El taxista había vuelto ante el volante. El «maletero» abrió la portezuela de atrás del taxi, y Brigitte se acomodó en el asiento, ocupado ya, en el otro extremo, por un hombre menudo, algo calvo, de mirada penetrante y facciones enérgicas pese a su edad. Para la CIA, aquel hombre era muy valioso desde hacía muchos años como jefe del Sector New York, y, además, le había cabido el honor de ser quien descubriera y reclutara para las filas del espionaje norteamericano a la mejor agente jamás habida. Su nombre era Charles Alan Pitzer.

Pero Brigitte nunca lo llamaba con tanta formalidad.

—¿Qué tal, tío Charlie? —le saludó, inclinándose hacia él.

Le besó en ambas mejillas, y el hombre sonrió y le tomó una mano.

—Siento que tengamos que hacer las cosas con tanta precipitación, Brigitte. ¿Todo está bien?

—Todo está bien…, salvo que me proponía descansar por lo menos dos o tres semanas, tío Charlie. Hola, Simón —miró por el retrovisor el rostro del taxista.

—¡Hola! —saludó el espía, sonriente—. ¡Hoy sí que me ha correspondido un servicio de categoría! ¡Nada menos que chófer de Baby!

—También yo tengo un chófer de categoría: nada menos que uno de mis queridos Simones.

—Gracias. ¿Partimos ya, señor?

Pitzer asintió, y el taxi fue puesto en marcha. Brigitte miró la pequeña maleta que había en el piso del vehículo ante los pies de Pitzer.

—¿Va usted de viaje? —preguntó.

—Yo no. Bueno, ni usted tampoco, pero estas cosas son para su

uso. Me permití pasar por su apartamento y pedírselas a su ama de llaves.

—Espero que mi querida Peggy no le pondría dificultades.

—Claro que no.

—Entiendo que ha elegido usted uno de mis disfraces, y que tendré que ponérmelo aquí mismo, dentro del taxi. ¿Es así?

—Sí, Será usted la anciana Duquesa de Montpelier. Todo lo que necesita está en la maleta, incluida la documentación… Tiene reservada una habitación en el Waverly Hotel.

—Vaya, tío Charlie, ¡podía haberme elegido el Waldorf!

—No podía ser, porque Vitali Karpof está en el Waverly, y es allí donde tendrá usted que hacer contacto con él, de forma discretísima. Le aseguro que antes de recurrir a usted hemos pensado mil modos de acercarnos a Karpof, pero tememos que los suyos le estén vigilando. No podemos cometer torpeza alguna, así que cuando supe que venía usted, lo preparé todo. Vitali Karpof está en la habitación 306, y ésta es su fotografía.

Pitzer tendió la fotografía a Brigitte, la cual echó un vistazo al rostro del hombre llamado Vitali Karpof. Ruso, por supuesto; su nombre lo decía todo. Debía de tener unos treinta y cinco años, parecía inteligente, y su rostro era sumamente atractivo. Era extraordinariamente rubio, de ojos azules.

—Muy bien —Brigitte devolvió la fotografía—… Supongo que Karpof pertenece a la MVD.

—Sí. Pero trabaja también para nosotros.

Brigitte apretó los labios.

—Tío Charlie, sabe usted de sobra que no me gusta relacionarme con agentes dobles. ¡No los soporto!

—Lo sé. Y siento que tenga que intervenir en esto. Pero Vitali Karpof nos ha sido muy útil hasta ahora, y no podemos correr el riesgo de perderlo. Le guste a usted o no, el juego de los agentes dobles existe, y todos los utilizamos. Los rusos deben de tener sobornados a algunos de los nuestros, y nosotros a algunos de ellos. Ya hemos comentado esto en otras ocasiones.

—Está bien. ¿De qué tenemos que hablar Karpof y yo?

—Él tiene que ampliarle una información, o al menos eso esperamos.

—¿Qué información?

—Según nos hizo saber el propio Karpof en Washington, de un modo sucinto y precipitado, cuatro agentes rusos de la MVD han desaparecido.

Brigitte emitió un gracioso silbidito de admiración.

—¡Fiuuu! ¡Nada menos que cuatro! Cabe suponer que los rusos deben de estar insoportables.

—No. No dicen nada. Se comportan como si esos cuatro hombres no hubieran desaparecido. Mejor dicho: se comportan como si esos cuatro agentes de su servicio jamás hubieran existido.

—¿Quiere decir que se desentienden de ellos, que no se interesan por su paradero ni por la suerte que hayan corrido?

—Exactamente. Como si nunca hubieran existido esos cuatro hombres. No se han alterado, no los buscan, no hacen indagaciones de ninguna clase… Nada.

—Ya. Bien, eso podría significar que los propios rusos han borrado todo rastro de esos cuatro agentes porque los han inyectado en la sociedad norteamericana ocupando las personalidades de otros tantos ciudadanos de Estados Unidos.

—Sí, podría ser eso. Es un viejo truco que todavía puede dar frutos en determinados trabajos o misiones.

—¿Quiénes son esos cuatro rusos? ¿Los conocemos?

—En absoluto. Lo que bien podría significar que son nuevos en el país, o que forman parte de la alta élite del espionaje ruso… o ambas cosas. Naturalmente, algo están tramando.

—Naturalmente. ¿Y Karpof me dirá lo que están tramando los rusos con ese juego?

—No lo sabemos. Karpof nos pasó la información escueta de esas desapariciones hace tres días, en Washington. Acto seguido dejó de pasar información. Pero, cuando supimos que venía a Nueva York por asuntos «diplomáticos», comprendimos que él buscaba el contacto lejos de Washington. Esto nos ha hecho temer que quizás en Washington sus compañeros desconfiaran de él y lo estuvieran vigilando. Y si lo vigilaban en Washington, sería tonto por nuestra parte suponer que no lo van a vigilar en Nueva York.

—Claro.

—Como es lógico, en cuanto supimos que venía a Nueva York, y que usted regresaba a casa, lo preparamos todo para que sea usted la entrevistadora de Karpof. Queremos jugar sobre seguro.

—Muchas gracias, por cuanto significa de elogio hacia mí esa decisión. Bueno, en definitiva Karpof debe decirme quiénes son esos cuatro rusos que él informó que habían desaparecido, y si lo sabe, qué están tramando y dónde están ahora.

—Nos gustaría saber todo eso —asintió Pitzer—, pero no sabemos si Karpof ha conseguido tanta y tan completa información. De todos modos, el hecho de que haya venido a Nueva York en busca de contacto nos hace presumir que tiene algo interesante que decirnos. Hable usted con él, a ver qué pasa.

—¿Estaré sola en el Waverly Hotel?

—Nos ha parecido lo más prudente para conservar a Karpof no colocar en ese hotel a ninguno de nuestros hombres. De modo que, en efecto, estará usted sola. No obstante, en su equipaje de *Madame la Duchesse* de Montpelier tiene usted su maletín y todas sus cosas, incluida una radio con onda New York. Y por supuesto, si en algún momento llega usted a olfatear la más pequeña posibilidad de que se trata de alguna trampa, avísenos inmediatamente, mate a Vitali Karpof, y salga de allí, o espere la llegada de los nuestros para ayudarla a salir. Vitali Karpof nos ha sido siempre muy útil, pero no vale para la CIA ni un cabello de Baby.

—Muy amables.

—Pararemos unos minutos en un lugar adecuado para que usted se disfrace. Luego, yo me apearé, y Simón la llevará en el taxi al Waverly Hotel. Yo espero que no haya complicaciones, y que esta noche duerma usted en su cama.

—Ya, ya. Pero de momento tengo que ir al Waverly Hotel a ver a ese ruso que está traicionando a los suyos… Espero que, al menos, me diga algo interesante. Ah, una cosa: ¿sabe Karpof que soy yo la encargada de recoger su información?

—¡Claro que no! —exclamó Pitzer.

—En ese caso —sonrió la bellísima Brigitte Montfort—, le daremos una pequeña sorpresa…, espero.

* * *

Vitali Karpof se quedó con la boca abierta cuando, al regresar a su habitación en el Waverly Hotel, después de cenar, se encontró con la señorial anciana sentada en una de las butacas. La sorpresa fue

tal que el ruso quedó inmóvil un par de segundos. Pero de pronto cerró la puerta, y dio dos pasos hacia su visitante.

—Señora, se ha equivocado usted de habitación… ¿O quizá me he equivocado yo?

—Ninguno de los dos —dijo la dama, con leve acento francés—. Y debo decirle, señor Karpof, que no me he molestado en mirar si hay micrófonos en esta habitación. Espero que lo haya hecho usted, porque si los hay será usted quien se arriesgue, no yo.

—No los hay —negó el ruso—… ¿Quién es usted?

—Me envía la CIA para que me facilite usted información complementaria sobre la desaparición de cuatro camaradas suyos de la MVD, de lo cual inicialmente informó usted a mis compañeros de Washington.

—¿Es necesario que hable usted tan claro? —Gruñó Karpof.

—Es conveniente, para que nos entendamos. Además, si no hay micrófonos aquí, ¿por qué preocuparse? Y si los hay quiere decir que sus camaradas ya saben que usted los ha estado traicionando durante mucho tiempo pasando informes a la CIA, y que con esta entrevista están ustedes tramando algo especial. De modo que, camarada Karpof, hablemos claro y rápido. ¿Qué información tiene para mí?

Vitali Karpof se pasó la lengua por los labios.

—¿Cómo puedo estar seguro de que la envía la CIA?

—No puede estar seguro de ninguna manera. Ciertamente, yo podría ser rusa, como usted, y estar tendiéndole una trampa. Pero ése es un riesgo que de antemano deben tener siempre en cuenta los traidores. Dígame: ¿por qué trabaja para nosotros? ¿Por dinero?

—Sí.

—Es un buen motivo.

—Usted parece francesa.

—Pero no lo soy. ¿Me pasa esa información o damos por terminada la entrevista?

Karpof volvió a pasarse la lengua por los labios, ladeó la cabeza, y durante ocho o diez segundos estuvo mirando atentamente a la anciana. Por fin, asintió, fue al armario, sacó un libro, y separó en dos la cubierta de la portada. De aquí extrajo unas fotografías, que entregó a la anciana.

—Éstos son mis cuatro camaradas desaparecidos. Consta el

nombre de cada uno en la correspondiente fotografía.

Madame la Duchesse de Montpelier examinó atentamente las fotografías de los cuatro agentes rusos. Sus nombres eran Félix Tirian, Piotr Milkov, Emil Neguchov y León Skovenko. Los cuatro estaban entre los treinta y treinta y cinco años, eran atractivos y de aspecto inteligente, muy agradables. *Madame* asintió, guardó las fotografías en su maletín forrado de raso negro, y volvió a mirar al expectante Karpof.

—¿Realmente han desaparecido o se trata de alguna jugada de la MVD? —preguntó.

—No creo que se trate de ninguna jugada. Simplemente, han desaparecido.

—Sin embargo, tengo entendido que la MVD no está haciendo nada por encontrarlos.

—No a los niveles detectables, desde luego. Aparentemente, esos cuatro hombres ni siquiera han existido. Pero los están… rastreando, desde luego. Con exquisita discreción, eso sí.

—Tanta discreción que la CIA no ha notado nada.

—Así es.

—¿Se le ocurre a usted dónde pueden estar estos hombres?

—No tengo ni la más remota idea. Y por lo que he conseguido averiguar, tampoco la tiene nuestro jefe de la Costa Este, Eugen Visnov. Lo que sí puedo decirle es que si está interviniendo personalmente Eugen Visnov es porque el asunto tiene que ser grave.

—Pero no es una jugada de la MVD.

—Positivamente, no.

—Ni quieren que se sepa que esos cuatro hombres han desaparecido.

—Exacto.

La anciana estuvo pensativa unos segundos antes de formular la pregunta.

Una pregunta tan lógica que, por supuesto, Vitali Karpof la estaba esperando:

—¿A qué se dedicaban últimamente sus cuatro camaradas desaparecidos?

—No lo sé.

—Pues averígüelo. —La anciana se puso en pie—. Para eso le

pagamos, señor Karpof.

—Eso no va a ser tan fácil —masculló el ruso—… Ellos son de la élite, y yo no.

—Averígüelo —insistió fríamente la anciana.

—Para eso tengo que regresar a Washington.

—Pues regrese. Y trabaje deprisa, por favor.

—Me parece usted muy exigente, señora.

—Por el contrario, soy la persona más comprensiva y tolerante que pueda usted conocer. Ocurre que si usted está cobrando, debe justificar lo que se le paga. De modo que vuelva a Washington, consiga esa información, y cuando la tenga pásela por el conducto utilizado hasta ahora, ya que según parece sus temores de que lo están vigilando sus compañeros son infundados.

—Usted me desprecia, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha adivinado? ¡Qué listo es usted!

Sin más, la anciana fue hacia la puerta, la abrió, y salió de la habitación 306. Segundos más tarde entraba en la 312. Cerró silenciosamente, fue a sentarse en una butaca, y del maletín sacó la pequeña radio de bolsillo, cuyo resorte de llamada oprimió.

—¿Sí? —Sonó la voz, para ella inconfundible, de Charles Alan Pitzer.

—No parece que haya problemas con él, tío Charlie.

—¿Le ha pasado la información?

—Sí. De modo que no voy a quedarme más tiempo en este hotel. Envíe el taxi para recogerme y llevarme a casa.

—Pero… ¡acaba usted de instalarse ahí!

—Diré que no me gusta el hotel, pagaré la cuenta, y me iré. Espéreme usted en casa.

—De acuerdo. Le envío el taxi. ¿Seguro que no va a tener problemas para salir de ahí?

—No lo creo. Nadie le está vigilando. Simplemente, tiene el síndrome del traidor: miedo a ser descubierto en cualquier instante. Hasta dentro de media hora, tío Charlie.

Capítulo II

—¿Y no fuiste a España a ver qué pasaba? —Se mostraba grandemente sorprendido Frank Minello.

—Pues no, Frankie —sonrió Brigitte—. Estaba muy a gusto en Villa Tartaruga, ésa es la verdad.

—¡Pero se trataba de un golpe de Estado!

—Incruento. Por otra parte, si la CIA hubiera necesitado mis servicios en España se las habría arreglado para avisarme, ¿no te parece?

—¡Zambomba, qué cosas se te ocurren! ¿Y qué tenía que ver la CIA con ese golpe de Estado en España?

—Yo no lo sé —sonrió angelicalmente la divina espía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho: que no lo sé.

—¡Claro que sabes algo!

—Que no, zambomba —imitó Brigitte a su más querido amigo —. De verdad que no, Frankie.

—Pero de todos modos… ¡no es propio de ti abstenerte de meter tus narices en una cosa así!

—Bueno, en realidad estaba esperando que el rey de España me llamara en su ayuda, pero como no lo hizo, me quedé en Villa Tartaruga.

—¡Llamarte el rey de España! ¡Zambomba, qué idea! Oye, ¡no irás a decirme que es amiguete tuyo!

—Todavía no. Pero espero que me reciba dentro de poco, para hacerle una entrevista.

Frank Minello soltó un bufido.

—¡O sea, que no quieres contarme nada de eso!

—Es que no tengo nada que contar, Frankie. Al menos, de ese asunto. Pero si quieres, te hablo del asunto que tengo en marcha ahora con un traidor ruso.

—¡Con un traidor ruso! —saltó Minello—. ¡Cuenta, cuenta!

Brigitte procedió a explicarle a su amigo el asunto de Vitali Karpof, sin empacho alguno. Ni siquiera parecía preocuparle que se enterase también Peggy, su ama de llaves, que estaba con ellos en el salón, sirviendo champán con guindas. Sabía que ni uno ni otra dirían jamás nada.

Terminó diciendo:

—En realidad, te lo he contado para ordenar un poco mis ideas, Frankie. Esta tarde hará tres días de mi regreso, es decir, de mi entrevista con Karpof, y todavía no sabemos nada más.

—Pero ese Karpof debe de estar buscando más información, ¿no?

—Supongo que sí.

—Y mientras tanto ¿qué hacen los demás rusos?

—Todo sigue igual, según me va informando tío Charlie. Los rusos siguen actuando como si esos cuatro espías no hubieran desaparecido. Y ya hace seis días de eso.

—Sí que es extraño —murmuró Minello—… ¡Tiene que ser alguna jugada sucia, seguro!

—Tal vez. Yo he pensado algo… He invertido los términos.

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que las cosas hubieran sucedido al revés, esto es, que cuatro agentes de la CIA hubieran desaparecido en Moscú, sin dejar rastro. La pregunta es: ¿por qué motivos la CIA no haría nada aparentemente para encontrar a esos cuatro hombres? ¿Por qué se comportaría la CIA como si esos cuatro agentes de primerísima categoría nunca hubieran existido?

—¿Para no comprometerse?

—Tonterías —rechazó Brigitte—. Tanto la MVD como la CIA se han comprometido muchas veces por agentes que ni mucho menos eran de la élite. ¿Por qué no hacerlo por cuatro fueras de serie?

—Zambomba, no sé… ¡No se me ocurre nada! ¿Y a ti?

—Tampoco. A decir verdad, lo único que se me ocurre es que todo sea un plan bien estudiado. O eso, o la misión de esos cuatro hombres era tan… sumamente delicada y secreta que prefieren perderlos a que la CIA les encuentre la pista.

Minello quedó pensativo. Y en aquel momento sonó el teléfono, que Peggy se apresuró a descolgar.

—¿Diga?

—¿…?

—Sí señor. Un momento, por favor… —Peggy tendió el auricular a Brigitte—. Es el señor Pitzer.

—Ah, por fin… ¿Sí, tío Charlie?

—Bien… ¡Bien! ¡De modo que por fin ha dado señales de vida nuestro amigo del doble juego! ¿Y qué ha dicho?

—Claro, comprendo. Bueno, podemos vernos donde usted quiera, naturalmente.

—Ahí estaré. —Colgó, y miró a Peggy—. Prepárame una maleta, Peggy, por favor.

—¿Adónde vas ahora? —protestó Minello—. ¡No hace ni tres días que estás en casa!

—Frankie: ¿tú hablas ruso?

—¿Ruso? ¿Yo? ¡Sabes muy bien que no!

—Lástima —se compungió Brigitte—… Si hablaras ruso te permitiría acompañarme esta vez… ¿Adónde vas?

—¡A aprender ruso para la próxima vez! —gritó Minello—. ¡Así no me dejarás siempre en tierra como a un pobre tonto!

Salió furiosamente del salón, y segundos después se oía el portazo en la entrada del apartamento.

—Se ha enfadado —rió Peggy.

—Sí, porque ha comprendido que no pensaba llevarlo conmigo de ninguna manera. Pero no es tonto, y ya lo demostró sobradamente hace poco[1], así que ha comprendido que dentro de poco tío Charlie va a venir a recogerme con el helicóptero en la terraza…

Veinte minutos más tarde, el helicóptero se posaba en la terraza del Crystal Building, en cuyo piso veintisiete tenía la señorita Montfort su apartamento. Brigitte subió, y el aparato reemprendió el vuelo, alzándose sobre la ya iluminada ciudad de Nueva York. A los mandos iba un agente de la CIA. En el asiento de atrás, Charles Alan Pitzer, que inmediatamente tendió una fotografía de periódico a la espía.

—La hemos conseguido a toda prisa, recortándola de un periódico.

Con una linterna iluminó la fotografía, de modo que Brigitte pudo ver al hombre que había en ella todo lo bien que permitía una

foto radiada. Era un hombre de unos cincuenta años, algo calvo, de facciones redondas y a las que unos lentes de montura al aire daban un cierto aspecto intelectual.

—¿Quién es? —murmuró Brigitte.

—Se llama Randolph Graham, y está adscrito al Departamento de Estrategia del Pentágono.

Brigitte miró vivamente a Pitzer.

—¿Y qué tiene que ver Graham con nuestro asunto?

—Vitali Karpof ha averiguado que uno de los cuatro rusos desaparecidos, el llamado Emil Neguchov, había sostenido varias entrevistas con Randolph Graham.

—¡Oh, no! ¿Qué clase de entrevistas?

—Vamos, Brigitte… No tiene por qué resistirse a admitir la realidad. Ya sabe que traidores hay en todas partes, ¿no es así?

—¿Qué ha dicho Karpof de esas entrevistas?

—Nada, eso no ha conseguido saberlo. Pero preguntémonos de qué podía tener interés en hablar un espía ruso con uno de nuestros empleados en el Pentágono…, en el Departamento de Estrategia.

Bueno…, obviamente, de cosas de la estrategia militar de Estados Unidos, claro. ¿Tenía la CIA alguna noticia o sospecha al respecto?

—De ninguna manera. Recuerde usted que tanto Emil Neguchov como los otros tres desaparecidos rusos pertenecen a la élite del espionaje ruso. Si hemos sabido esto ha sido ahora y de pronto, gracias al trabajo de Karpof… el cual, por cierto, nos ha hecho una sugerencia muy interesante.

—¿La de que posiblemente los otros tres también tuvieran contacto con norteamericanos del mismo o parecido nivel que Randolph Graham? —murmuró Brigitte.

—¿Le parece descabellado?

—No… No. ¿Esperamos más informes de Karpof?

—Por el momento, no. Los de Washington le han dado la orden de que hasta nuevo aviso permanezca inactivo. De momento tenemos esta pista, así que no vamos a arriesgar más a Karpof.

—Sí, es lógico. Bueno, es un traidor, pero… eficaz. Se está ganando su dinero. ¿Dónde vive Randolph Graham?

—Hacia allá vamos —sonrió secamente Charles Alan Pitzer.

* * *

Randolph Graham había terminado de cenar hacía media hora, y se hallaba en el despacho privado de su domicilio, cuando sonó la llamada a la puerta.

—Sí —autorizó.

El criado empujó la puerta, entró en el despacho, y anunció:

—Una tal señorita Connors desea verle con urgencia, señor. Dice que viene del Pentágono.

—¿Del Pentágono? —musitó Graham.

—Eso ha dicho, señor.

—Bien… Que pase, naturalmente.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta, que el criado había vuelto a abrir, y junto a la cual se mantuvo, haciendo un gesto a la visitante, que esperaba en el vestíbulo.

Graham quedó impresionado por la belleza de la muchacha: alta, rubia, de ojos verdes, muy bien vestida, cuerpo escultural… Con un parpadeo de sorpresa, Graham pensó que posiblemente era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—Señor Graham, buenas noches. —La señorita Connors entró, tendiéndole la mano—. Perdone que le moleste a estas horas, pero es un asunto urgente. Soy Lili Connors.

—Encantado, señorita Connors. Siéntese, por favor.

Había estrechado la mano a Lili. Una mano suave al tacto, pero en la que le pareció notar una firmeza insólita. Tan insólita, que Graham le miró las manos cuando Lili se hubo sentado. Pero no, no eran manos de aspecto nudoso, fuerte, sino muy bellas. Esas manos sostenían sobre las rodillas de la señorita Connors un gracioso maletín de color rojo con florecillas azules estampadas, en verdad chocante.

El criado había cerrado la puerta, de modo que se hallaban solos. Graham rodeó la mesa, y fue a sentarse de nuevo en su confortable sillón giratorio.

—Mmm… ¿Desea tomar algo, señorita Connors? ¿Café, tal vez?

—No, gracias, nada. Pero se lo agradezco.

—Bien… Usted dirá. Entiendo, lógicamente, que me trae usted algún recado del Pentágono…

—No me envían del Pentágono, señor Graham, pero me ha

parecido conveniente decirle eso a su criado. Por cierto, mi nombre tampoco es Lili Connors, sino Galina Cherkova. Soy rusa, señor Graham —sonrió amablemente.

Randolph Graham palideció, y durante un par de segundos su mente quedó como paralizada. Por fin, musitó:

—¿Rusa? Bueno, esto es tan sorprendente…

—Voy a rogarle que no perdamos el tiempo en disimulos, señor Graham. Comprenderá que si mi servicio ha decidido dar este paso, es decir, enviarme a mí a visitarle, es porque el asunto nos tiene muy preocupados.

—¿A qué servicio se refiere usted?

—A la MVD, naturalmente.

—Pero… No comprendo…

—Por favor, hablemos claro. Mis jefes me envían para recabar de usted noticias sobre mi camarada Emil Neguchov.

—¿Quién?

Galina Cherkova hizo un gesto de impaciencia.

—Emil Neguchov, con el cual ha estado usted sosteniendo algunas entrevistas últimamente. Pero no vamos a hablar sobre eso, ya que esa parte de la labor de mi servicio no me interesa. He sido designada para otra misión, muy específica.

—¿Qué misión?

—Localizar a Emil Neguchov, el cual ha desaparecido al mismo tiempo que otros tres camaradas del servicio, hace ya de eso una semana. Como es natural, nos estamos interesando por nuestros cuatro camaradas, y a mí me ha correspondido visitarle a usted. Tenemos la esperanza de que pueda informarnos sobre el paradero de Neguchov. ¿Puede hacerlo?

—No… No, claro que no.

Galina Cherkova se quedó mirando fija y atentamente a Randolph Graham, que sintió como si una bolita de hielo se deslizara desde su nuca hasta los pies. Eran, ciertamente, unos ojos muy hermosos los de Galina Cherkova, pero había algo en ellos que producía… Sí, producía frío aquella mirada quieta y penetrante.

—Todo esto no es una broma, señor Graham —susurró la espía rusa.

—Bueno, ya… ya lo supongo, pero no sé qué decirle. Lo que quiero decir es que no sé nada de Neguchov desde hace más de dos

semanas, que fue cuando se produjo nuestro último contacto, como bien debe de saber usted.

—No, señor Graham, yo no lo sé. No sé nada de eso, ni de las conversaciones entre usted y mi camarada Neguchov. Esa clase de información pertenece a otras esferas de mi servicio. Como ya le he dicho, mi cometido es encontrar a Neguchov. Usted, desde hace algún tiempo, ha estado viéndose periódicamente con él, y pasándole determinadas informaciones del Pentágono… ¿Cierto?

Graham se pasó la lengua por los labios, y asintió. Estaba lívido.

—Sí, cierto —murmuró.

—Bien. Ahora, Neguchov ha desaparecido. Usted dice que no sabe nada al respecto. Sin embargo, mi servicio está empezando a considerar la posibilidad de una traición por parte de usted.

—¡Claro que no! —jadeó Graham.

—¿No? ¿Seguro que no ha tenido usted remordimientos y últimamente decidió expiar sus… pecados de traición a su país delatando a Neguchov?

—¡Yo no he hecho tal cosa! ¿Está usted loca? ¡Delatar a Neguchov habría sido tanto como ponerme yo mismo la soga al cuello!

—Eso tiene sentido —admitió Galina Cherkova—. Ciertamente, una decisión de esa clase no sólo le crearía graves problemas con su propio país, sino que ocasionaría nuestra… enemistad.

—No he hecho nada… ¡No sé nada de Neguchov! Yo he estado cumpliendo con ustedes en todo momento, siempre he seguido las indicaciones de Neguchov en todo.

—Sí, eso lo sabemos. ¿Sabía usted que él ha desaparecido hace una semana?

—No… Claro que no.

Galina miraba siempre atentamente a Graham.

Y supo con toda certeza que el hombre estaba mintiendo. Desde el primer momento en que supo que ella era rusa había estado asustado, y ahora estaba mintiendo, además.

Pero Galina Cherkova había decidido de antemano llevar aquel asunto con sutileza.

—Mala suerte —pareció aceptar la mentira de Graham—. La verdad, estamos muy preocupados.

—Sí, lo… lo comprendo.

—¿Tiene usted relaciones con personal de la CIA?

—Bueno, ocasionalmente. Algunas veces, sí.

—Como es lógico, nosotros pensamos que la desaparición de Emil Neguchov puede ser debida a la intervención de la CIA, pero nos sorprende que hayan podido hacer una cosa así con tanta… discreción. Sería muy conveniente para nosotros saber si la CIA ha detenido a Neguchov y a los otros tres camaradas. ¿Podría usted conseguir esa clase de información?

—Me temo que no. Sería demasiado comprometido para mí interesarme por esos asuntos, considerando que mi trabajo en el Pentágono no tiene relación directa con el espionaje.

—Me hago cargo. No obstante, señor Graham, debería realizar usted un esfuerzo en ese sentido. La lógica nos dice que ha tenido que ser la CIA la que ha capturado a mis camaradas… ¿O se le ocurre a usted otra explicación?

—No… No, ninguna.

De nuevo estaba mintiendo, pensó Galina Cherkova. Tenía la absoluta certeza de que Graham acababa de mentir de nuevo. Es decir, que conocía otra explicación. Pero el hombre estaba tan profundamente aterrado que Galina decidió no precipitar las cosas.

Se puso en pie.

—Gracias por recibirme, señor Graham.

—Siento no haber podido ayudarla —casi tartamudeó él, poniéndose también en pie—. En cuanto a mí, ya saben que… que pueden seguir contando conmigo, señorita Cherkova.

—No estará usted hablando en serio, ¿verdad? —Pareció sorprendidísima la espía rusa.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, señor Graham, vamos… Si ha sido la CIA la que ha detenido a Neguchov y mis otros tres camaradas, está claro que a estas alturas saben ya todo lo referente a usted, por lo que su utilidad, simplemente, ha terminado. Sería diferente si no se tratase de la CIA, pues entonces usted podría seguir colaborando con nosotros. Espero que entienda usted esto.

—Sí… Por supuesto, lo entiendo.

—Muy bien. Para su tranquilidad y la nuestra, me permito insistir en que debería usted enterarse de si ha sido o no la CIA la que ha detenido a Neguchov. Si ha sido así, mala suerte para usted.

Si no ha sido así, podrá seguir adelante.

—Sí… Claro.

—Bien, nada más. Oh, le iré llamando de cuando en cuando por si llegara usted a saber alguna cosa. Me presentaré por teléfono como Lili Connors, y le preguntaré simplemente si ha tenido noticias. Si me dice usted que no, colgaré el teléfono. Si me dice que sí le daré una cita para que me explique con detalle lo que haya averiguado. ¿Está usted conforme, señor Graham?

—Desde luego. Haré lo que pueda.

—Se lo agradezco mucho.

Randolph Graham acompañó a Galina Cherkova hasta la puerta de la casa, y le tendió la mano, que la rusa estrechó cálidamente, sonriendo. Pero cuando cerró la puerta, Graham volvió a sentir aquella bolita helada deslizándose por su cuerpo.

Sabía que estaba metido en un gran lío del que no parecía posible salir indemne.

Afuera, Galina Cherkova caminaba ya por la acera hacia donde había dejado su automóvil, muy cerca de la casa de Graham, ya que no había problema alguno de estacionamiento en la zona residencial cercana al Potomac River donde vivía Graham. Todas las casas tenían un amplio jardín delantero, con bien cuidado césped y algunos árboles, preferentemente cerezos y acacias. Sobre todo, cerezos, que comenzaban a florecer. El airecillo nocturno olía a primavera.

No había circulación alguna de vehículos por la amplia avenida. Ni siquiera se veía una sola persona caminando. La zona, de gran exclusividad, aparecía apaciblemente desierta, pero había luz prácticamente en todas las casas, muy separadas unas de otras.

En la avenida también había cerezos…

Galina se metió en su coche, dio el encendido, y partió.

Tan sólo tres segundos más tarde, se encendieron las luces de posición de un coche que estaba estacionado un poco más abajo del lugar donde había dejado ella su coche. Y tras encender las luces, el conductor del otro coche partió lentamente en pos de Galina Cherkova.

Ésta abrió con la mano derecha el maletín, que había dejado en el asiento contiguo, y sacó la radio, que se llevó con discreto gesto ante los labios, sin dejar de mirar por el retrovisor el otro

automóvil.

—¿Simón? —murmuró.

—Sí, diga.

—Randolph Graham es un traidor. Ha estado vendiendo información del Pentágono a los rusos…

—¡Hijo de…!

—Calma. No quiero que nadie le moleste… por ahora. Tampoco quiero que lo vigilen, ya que no sabríamos más de lo que sabemos en este momento. Además, está muy asustado. Estoy convencida de que sabía ya que Emil Neguchov ha desaparecido, lo que significa que sabe de qué va el asunto, pero no quiere decirlo a los rusos, ya que se ha negado a sincerarse conmigo a pesar de decirle que soy rusa. ¿Me está comprendiendo?

—A usted sí, perfectamente. Pero no comprendo a Graham. ¿Qué cree usted que está pasando?

—Evidentemente, ha intervenido un tercer poder.

—¿Qué?

—Nosotros no hemos detenido a Neguchov y los otros tres rusos. Obviamente, la MVD tampoco sabe dónde están sus cuatro agentes de élite. Sin embargo, Graham sabía ya que al menos Neguchov ha desaparecido. Así pues, alguien se lo ha dicho. Naturalmente, ese alguien lo sabe porque es quien tiene a los cuatro rusos.

—Correcta teoría. Un tercer poder… ¿Quiénes?

—Todavía no lo sé —Baby no dejaba de mirar por el retrovisor el coche que la estaba siguiendo—, pero espero saberlo pronto.

—¿Saberlo? ¿De qué modo? ¿Piensa presionar a Graham?

—No. Ya le he dicho que vamos a dejarlo tranquilo, de momento. A quien no vamos a dejar tranquilo es a Vitali Karpof. Ya sé que la Central aceptó dejarlo quieto durante una temporada, pero no puede ser. Pase usted aviso a la Central de mi contraorden.

—¡Esto me encanta! —rió el agente de la CIA—. ¡Una orden de la Central, de los altos mandos, revocada por Baby! Me encanta, de veras.

—Ya sabe que soy la niña mimada —sonrió Galina Cherkova—, y que mis instrucciones serán siempre aceptadas. Son las siguientes: quiero que Vitali Karpof siga husmeando entre sus camaradas respecto a las actividades últimas de los otros tres desaparecidos, esto es, León Skovenko, Félix Tirian y Piotr Milkov. Estos tres

agentes rusos forzosamente han tenido que estar en contacto con norteamericanos relacionados con el Pentágono que les han estado vendiendo información, igual que ha estado haciendo Graham con Neguchov.

—Y usted quiere saber quiénes son los otros malditos traidores que han estado vendiendo información del Pentágono a Skovenko, Milkov y Tirian.

—Exactamente. Pase esa orden, por favor.

—Descuide. Y volviendo a ese tercer poder…

—Lo tengo detrás de mí.

—¿Eh? ¿Qué? —exclamó Simón.

—Tranquilo. Me está siguiendo un coche, eso es todo, de momento.

—¡Vamos para allá inmediat…!

—No. Permanezcan alejados de mí. Yo atenderé sola ese asunto.

—¡Pero…!

—No se preocupe, Simón. Si quisieran matarme, ya lo habrían intentado. Estaban vigilando la casa de Graham.

—¡Deberíamos apretarle las clavijas a Graham!

—Ya le he dicho que todavía no. No quiero provocar la alarma entre los demás traidores. Y no sabemos qué ocurriría si, al enterarse de que él había sido descubierto, ellos estaban a punto de ser descubiertos también. Haga lo que le he dicho, eso es todo. Voy a cortar ahora, y a propiciar el acercamiento de ese tercer poder a mi persona. Le llamaré en cuanto sepa algo. Hasta luego.

Cortó la comunicación, dejó la radio en el maletín, y tomó de éste la pistolita de cachas de madreperla, que se colocó dentro de la braguita.

El otro coche seguía detrás, y no parecía tener intención de acortar distancias.

Es decir, que querían saber adónde iba. Sí, debía de ser esto, porque si hubieran querido abordarla, ningún lugar mejor que aquella zona residencial, tan discreta y solitaria.

¿Querían saber adónde iba la visitante de Graham?

Pues muy bien.

Capítulo III

Finalmente, unas seis millas al norte del lugar donde vivía Randolph Graham, la señorita Cherkova encontró el lugar adecuado para sus propósitos. A la derecha del camino vio el pequeño chalé metido en el bosquecillo de pinos. No había ninguna luz encendida, pese a que eran ya las nueve y media de la noche.

Perfecto.

Detuvo el coche ante el chalé, agarró su maletín, se apeó, y fue directa hacia la casa. No tenía ni la más remota idea de a quién podía pertenecer, y lo único que le preocupaba era que hubiera alguien dentro, aunque no lo parecía.

Con su habitual pericia, abrió la puerta utilizando una de las ganzúas que ya llevaba preparadas en una mano. Lo hizo con tal rapidez y seguridad que pareció talmente que hubiera utilizado la llave.

Entró en la casa, cerró la puerta, encendió la luz…

* * *

El chino que conducía el automóvil, cuyas luces había apagado hacía un minuto, apagó también el motor, y miró a su compañero, sentado a su derecha.

—Sea quien sea —murmuró—, parece que vive sola ahí. Podríamos… hacerle una visita.

El otro chino movió negativamente la cabeza.

—Esperemos un poco. Quizá salga dentro de unos minutos.

—Yo creo que vive ahí. Y hasta es posible que tenga una radio.

—Muy bien. Que la utilice, entonces. Comunicará lo que ha hablado con Graham, y recibirá instrucciones. Cuantas más cosas sepa esa mujer, más cosas nos dirá. Así que vamos a esperar un

poco, por si sólo está ahí de paso.

Debe de ser cierto que los chinos tienen mucha paciencia, porque durante la media hora siguiente ninguno de los dos se movió, ni volvió a hablar, ni fumó. Permanecieron impasibles dentro del coche, mirando fijamente hacia la casa.

Y así, creyeron ir reconstruyendo los movimientos de la mujer rubia dentro de aquélla. Vieron luz en una ventana que supusieron de la cocina. Luego, en una de las ventanas frontales, seguramente la sala-comedor. Luego, las luces de la planta baja se apagaron todas. Segundos más tarde, apareció luz en una ventana del piso de arriba. Todo esto, en poco más de media hora.

La ventana del piso de arriba permaneció iluminada quizás otra media hora más. Por fin, la luz se apagó. El chino que estaba ante el volante miró su reloj de pulsera. Eran casi las once de la noche.

—Se ha dormido —murmuró.

—Esperaremos quince minutos más.

Parecían tener todo el tiempo del mundo. Transcurrieron los quince minutos, y el que daba las órdenes se movió de pronto.

—Vamos a echar un vistazo al coche.

Salieron los dos, silenciosamente, y dejaron las portezuelas solamente ajustadas, para no hacer ruido con el chasquido del cierre. Se deslizaron hacia el coche de la mujer rubia, y uno de ellos asió la manilla de la portezuela del lado del conductor. Emitió un chasquido de disgusto al encontrarla cerrada. El otro chino probó la portezuela de atrás, que se abrió.

Sonriendo, terminó de abrirla, y alzó el cierre de la portezuela delantera. Los dos se metieron en el coche. El que había entrado en la parte de delante alzó la tapa de la cajuela, y lo primero que vio fue la automática. La cogió.

—Eh —dijo, mostrándola por encima del hombro.

—Mira a ver qué más hay ahí. Aquí no parece que haya nada.

—Prueba a abrir el maletero.

—No creo que lleve nada importante. Lo que sea importante estará dentro de la casa. Sigue buscando ahí mientras yo pruebo si puedo abrir la puerta.

Salió del coche, y se encaminó hacia la casa. Tardó casi dos minutos en poder abrir la puerta. Para entonces, el otro se había reunido con él, y esperaba, tras musitar:

—No hay nada identificatorio en el coche. Me he quedado la pistola.

—Bien.

Entraron, y, dejando la puerta abierta, fueron hacia el tramo de escalones que conducía al piso de arriba. Por la abierta puerta, y por las dos ventanas frontales, entraba el lívido resplandor de la luna en cuarto creciente.

Absolutamente silenciosos, los dos chinos subieron al piso destinado a dormitorios, se orientaron en un rápido cálculo, y empujaron una de las puertas. Entraron los dos en el dormitorio con la pistola en la mano, y uno de ellos encendió la luz.

Los dos apuntaron sus armas hacia el lecho…, que estaba vacío.

—Nos hemos equivocado de dormitorio —jadeó uno.

Salieron rápidamente, y entraron en el dormitorio contiguo de aquella parte de la casa, repitiendo la operación.

Pero también aquella cama estaba vacía. Y, como la del cuarto anterior, perfectamente hecha. Todo estaba en orden. En excesivo orden. Incluso se veía una ligera capa de polvo sobre los muebles.

Los dos chinos se miraron, nublado el gesto. Habían comprendido a la vez la realidad: la mujer rubia se les había escapado. Les había dejado el coche, pero ella se había escapado, a pie, por el bosquecillo de pinos. Maldijeron en chino unos segundos, salieron de la habitación, y bajaron a toda prisa. Una vez en la planta baja, fueron a la cocina, que tenía el ventanal en un lado de la casa, y la puerta de salida al bosque en la parte de atrás… Esta puerta ni siquiera estaba cerrada.

De nuevo se miraron los dos chinos. La magnitud de la burla de la que habían sido objeto hizo desaparecer de sus rostros la impasibilidad oriental.

—Maldita sea… ¡Vamos a registrar la casa!

—Es inútil, Pao. No vive aquí. Se dio cuenta de que la seguíamos, buscó una casa adecuada, y nos ha burlado. Salió, estuvo encendiendo y apagando luces…, y se fue.

—¡Te dije que fuésemos a por ella enseguida, Yeong! ¡Te lo dije!

—Ya no tiene remedio. Vámonos de aquí.

—¿Sin mirar a ver qué encontramos?

—Sería perder el tiempo. Vámonos.

—Pero ella se dejó la pistola… ¡Seguramente volverá!

—No. Se dejó la pistola por si la atrapábamos no hacernos enfadar. Está lejos de aquí. Vámonos.

Salieron malhumorados de la casa, mirando hoscamente el coche abandonado por la rubia, del que ahora sabían mejor que nunca que no obtendrían pista alguna. Fueron hacia el suyo, se metieron dentro…, y entonces sonó la voz femenina tras ellos:

—Pongan las manos sobre la cabeza. Despacio. Por supuesto, tengo otra pistola.

Los dos chinos estuvieron inmóviles tres o cuatro segundos, lívidos de rabia. Luego, muy despacio, colocaron las manos sobre la cabeza.

—Perfecto, señores. Ahora, díganme quiénes son ustedes, qué pretendían vigilando la casa de Randolph Graham, y para quién trabajan…, aunque esto último parece muy claro. ¿Lien Lo Pou?

—Sí —musitó Yeong—… El Lien Lo Pou[2], sí.

—Muy bien. Empezamos a entendernos. ¿Sus nombres?

—Pao y Yeong —gruñó este último.

—Oh. Bien, yo soy la agente Baby, de la CIA… ¡No se muevan!

Los dos chinos habían respingado, y sus manos se habían separado de sus cabezas debido al movimiento de sobresalto. Pero la seca orden los volvió a su posición de cautivos.

—Yo diría —deslizó suavemente Baby— que además de asustarse se han sorprendido. ¿Por qué? ¿Les sorprende que la CIA esté interviniendo en esto?

—No… No.

—Yo creo que sí. ¿Quién creían que era yo? ¿Una rusa?

—Sí… Sí.

—Ya. Una rusa que fuese a pedir explicaciones al señor Graham sobre la desaparición de Emil Neguchov, ¿no es eso?

—Sí.

—Luego entonces, ustedes saben que Neguchov ha desaparecido. ¿Cierto? Y con él otros tres agentes de la MVD. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Los tienen ustedes?

Ninguno de los chinos contestó. Durante unos segundos el silencio fue total en el interior del coche. Y en el exterior. La zona no podía ser más solitaria y tranquila.

—Escúchenme: he tomado tiempo y paciencia para poder

dialogar con ustedes sin violencias, así que vamos a dialogar, nada más que eso. ¿Tienen ustedes a Neguchov y los otros tres rusos?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Por qué? ¿Qué esperan conseguir de ellos?

—Nosotros no sabemos eso.

—Puedo creerlo perfectamente, pero algo sabrán, ¿no? Por ejemplo: ¿han hecho ustedes contacto con Randolph Graham?

—Sí.

—¿Y qué le han dicho para que esté tan asustado? Bueno, le han dicho que tienen a Neguchov, claro, pero… ¿qué más? ¿Qué es lo que tiene tan asustado a Graham?

—Las delicias chinas —rió agudamente Yeong.

—¿Las qué?

—Las delicias chinas.

—¿Y eso qué es exactamente?

—Pues las delicias chinas consisten…

Yeong hablaba, y sin duda creyó atraer sobre sí toda la atención de Baby. Es decir, esto debió de creerlo Pao, que, ante el volante, se volvió de pronto, velozmente, iniciando ya el ataque hacia al asiento de atrás…

Plof, chascó la pistolita de cachas de madreperla.

Hubo un puntito rojizo en la parte de atrás del coche, la bala salió y dio de lleno en el centro de la frente de Pao. La cabeza del chino apenas se movió, pero la bala se alojó en el cerebro, provocando la muerte súbita.

Y estaba todavía cayendo Pao doblado sobre el respaldo del asiento cuando Yeong, que había reaccionado casi simultáneamente con su compañero, terminaba de volverse, y su mano izquierda sujetó con terrible fuerza la muñeca derecha de Baby, que volvió a disparar, sin embargo.

La bala dio en el cristal parabrisas, que crujió con seco chasquido y se convirtió en una especie de telaraña. Pero ni Baby ni Yeong estaban por estos detalles. El chino seguía apartando la mano armada de la espía americana, con su izquierda, y su derecha rodeó el delicado cuello femenino en brutal y dolorosa presa, ya vuelto ahora el chino completamente hacia el asiento de atrás, con el pecho sobre el respaldo.

Brigitte disparó de nuevo, pero la balita rebotó en el interior del

coche con agudo tañido, y quedó en algún rincón…

—Suelta la pistola —gruñó Yeong—… ¡Suéltala, o te voy a partir el cuello! ¡Suéltala!

Yeong había olvidado un detalle muy importante: mientras sus dos manos estaban ocupadas, una sujetando la muñeca de Brigitte y la otra su garganta, la espía tenía libre su mano izquierda. Y a Yeong le habría ido mejor, quizá, si hubiera dedicado más atención a esta mano que a la garganta femenina que estaba apretando con terrible saña.

Tan terrible, que Baby comenzó a ver lucecitas ante sus ojos, y esto le hizo comprender que estaba próxima al desvanecimiento. El instinto de conservación fue mucho más fuerte que la conveniencia de conservar vivo a uno de los chinos.

Así pues, la mano izquierda de Brigitte, de canto, se abatió con escalofriante fuerza contra la sien derecha de Yeong, que emitió un ronquido fortísimo y vibró todo él como una varilla de acero golpeada. Los ojos de Brigitte estaban casi fuera de las órbitas cuando descargó el segundo golpe, a la desesperada ya.

Pero fue más preciso que el primero. La sien de Yeong crujió, un tremolante quejido brotó de labios del chino, sus ojos se desorbitaron…, y de pronto todo él se relajó, soltando a Brigitte y cayendo doblado sobre el respaldo del asiento, como su compañero Pao, que le había precedido en el camino al Más Allá.

Baby se echó hacia atrás, ocupando el asiento, todavía desorbitados los ojos, llevándose la mano izquierda a la garganta, agitadísimo su pecho. Durante un minuto estuvo así, tranquilizándose, recobrando el aliento, recuperándose. Luego, movió la cabeza de uno y otro chino, que oscilaron como si tuvieran el cuello de goma.

—¡Qué desastre! —dijo.

Y se asustó al escuchar su voz como rota, astillada, quebrada.

Un minuto más tarde, también Simón se asustó al oírla por la radio.

—¿Qué le pasa? —Casi gritó—. ¿Por qué habla así?

—Ya se lo explicaré —pareció maullar Brigitte—. No me haga hablar mucho ahora, Simón. Simplemente, escuche las instrucciones que voy a darle para encontrarme, y vengan aquí.

* * *

—¿Se encuentra mejor? —Gruñó Simón, sentándose junto a ella en el coche.

—Sí, gracias. Pero me duele el cuello…, y me van a quedar las señales de los dedos de ese chino durante varios días. Necesitaré un pañuelo.

El agente de la CIA soltó un bufido.

—¡Un pañuelo! —exclamó—. ¡Lo que necesita usted es una azotaina, por haber querido estar sola, como siempre!

—Si quiere le pongo el pompis para que me azote —sonrió la divina espía.

—¡No crea que no me gustaría hacerlo! Demonios, tiene usted mil hombres dispuestos a todo para colaborar con usted, y se pone a jugar a solas. Debería…

—¿Sabe usted lo que son las delicias chinas, Simón?

—¿Qué? ¿Delicias chinas? ¿Qué es eso?

—Ya veo que no lo sabe.

—Bueno…, debe de ser algún plato de la cocina china, ¿no?

—Soy muy aficionada a la cocina china, y, en efecto, hay platos que se denominan así: «Las Tres Delicias», las «Ocho Delicias», «Delicias de Pekín»…, bueno, cosas así. Pero… ¿tendría usted miedo a esa clase de delicias?

—Claro que no. No es que me guste mucho la comida china, pero tampoco hay para tenerlo miedo.

—Entonces, no se trata de comida.

—¿De qué está usted hablando?

Mientras los restantes agentes de la CIA que habían llegado con Simón seguían ocupándose de los cadáveres de Pao y Yeong y revisando escrupulosamente el coche de éstos, Brigitte explicó a Simón lo sucedido. Cuando terminó, Simón estuvo pensativo unos segundos antes de sugerir:

—Seguramente el chino quería burlarse de usted cuando dijo eso de las delicias chinas.

—No. Le hizo gracia decírmelo, pero no se estaba burlando.

—Pues no tengo ni idea de lo que pueden ser.

—Y sería inútil preguntárselo al mejor cocinero chino, puesto que no se trata de comida… Bien, habrá que ir a beber a la fuente.

—¿Qué dice? —se desconcertó Simón.

—Digo que, según parece, para saber qué son esas delicias chinas habrá que preguntárselo al inefable servicio secreto chino, el Lien Lo Pou.

—¡Eso tiene gracia! —rió el espía.

—Sí —sonrió la divina—: tiene mucha gracia.

Capítulo IV

Min Sei era un hombre gracioso, simpático en verdad. No sólo un gran mago ilusionista, sino simpático. En el Bamboo Club, sito en Virginia Avenue, cerca del cruce con Hampshire, en Washington D. C., era una de las principales atracciones. Cada noche se retiraba con una imperial reverencia, agradeciendo los nutridos aplausos.

Y aquella noche no fue diferente a las demás. Al menos, hasta el momento de los aplausos. Después, las cosas iban a cambiar notablemente en la vida de Min Sei, quien, tras los saludos al público, abandonó el escenario, y, envuelto en su llamativo *kimono* de encantador color azul celeste, se dirigió a su camerino.

Aquí empezaron las tribulaciones del chino Min Sei.

Nada más entrar en su camerino vio a la anciana sentada en su tocador, en la banqueta, dando la espalda a la puerta, mirándose en el espejo. Por medio del espejo se cruzaron las miradas de Min Sei y de la anciana, la cual dijo, amablemente:

—Entre y cierre, Min Sei, por favor.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí, qué desea?

La anciana se volvió.

—Soy Baby, de la CIA, y deseo conversar con usted unos minutos.

Min Sei había palidecido nada más oír el nombre de su visitante. Y tras un par de segundos de inmovilidad terminó de entrar y cerró la puerta. Su mirada fue hacia el tocador, hacia uno de los cajones. La anciana movió la cabeza.

—Olvide su pistola: la tengo yo.

Al decir esto tocó con un dedo sorprendentemente bello y juvenil el maletín forrado de raso negro que descansaba sobre sus rodillas. Min Sei se pasó la lengua por los labios, siempre observando a la apacible y elegante anciana vestida de negro, de modo que destacaban sus blancos cabellos. Llevaba gafas de

cristales redondos, y su mano derecha descansaba en el puño de plata de un bastón cuya contera se apoyaba en el suelo.

—Usted no puede ser Baby —susurró por fin el chino.

—Lo soy. Y usted no se llama Min Sei, sino Tei Wing, y es uno de los jefes relativamente importantes del Lien Lo Pou en servicio en los Estados Unidos. Hace ya tiempo que la CIA le tiene identificado, pero, como se hace con frecuencia en nuestra profesión, se le ha ido dando cuerda larga, esperando el momento en que resultase provechoso hacer aclaraciones. Ese momento ha llegado. Así pues, siéntese y conversemos.

Min Sei se sentó en un sillón, y murmuró:

—¿De qué tenemos que conversar?

—De las delicias chinas.

Inmediatamente, Baby supo que había equivocado el camino. Lo supo con toda certeza, viendo la expresión de auténtico desconcierto del espía chino. Éste se repuso rápidamente, y dio una primera muestra de su claridad de comprensión.

—Me parece —murmuró— que no se está usted refiriendo precisamente a ningún plato de comida china.

—Desde luego que no.

—Entonces… ¿a qué se refiere usted?

—Dos de sus hombres, los llamados Pao y Yeong, mencionaron las delicias chinas. Por lo tanto…

—¿Pao y Yeong? No los conozco.

—¿No? Pues ellos aseguran pertenecer al Lien Lo Pou.

—No. No es cierto.

Brigitte Baby Montfort sabía que Min Sei estaba diciendo la verdad. Pero ya estaba allí, con él, y debía proseguir en busca de algo, de alguna pista.

—En ese caso —deslizó suavemente—, no le importará a usted ni poco ni mucho que hace veinticuatro horas yo matase a esos dos hombres.

—Me tiene sin cuidado, en efecto.

—Muy bien. Cambiemos de tema, entonces. ¿Qué se proponen ustedes exactamente con el secuestro de esos cuatro rusos?

Min Sei se quedó mirándola turulato. Enseguida, frunció el ceño.

—Escuche usted, señora —mascull ó—, si quiere conversar conmigo tendrá que ser sobre temas o acontecimientos de los cuales

yo tengo alguna información. De lo contrario, es como si hablásemos en idiomas diferentes.

—Estamos hablando en buen inglés —sonrió Baby—, así que nos entendemos bien.

—Comprendo sus palabras, pero no tengo ni idea de lo que usted me está diciendo. Puede creerlo o no, pero es la verdad.

—De acuerdo. Hablemos entonces de esos norteamericanos afectos al Pentágono que ustedes están vigilando. ¿Por qué lo hacen exactamente?

Min Sei movió la cabeza.

—Es evidente que estamos hablando en idiomas diferentes, señora. Mire, tal como están las cosas para mí sé perfectamente que la suerte está echada, y que lo que no le dijera a usted aquí se lo diría a sus compañeros en Langley bajo coacción o torturas. Así que dígame: ¿qué objeto tendría que yo me negase a colaborar sin violencia con usted?

—En resumen, que usted no sabe nada de nada de todo lo que yo he mencionado.

—No.

—Mala suerte. Sobre todo para usted.

—Supongo… que el club está lleno de Simones.

—Así es —sonrió Baby—. Por lo que sería una locura que usted o alguno de sus hombres que posiblemente estén en el local intentara algo contra mí.

—Me doy perfecta cuenta de que estoy perdido.

—Sí. Pero quizá podríamos hacer un trato.

Una expresión de astucia apareció en el rostro del chino.

—¿Qué trato?

—Consígame usted una pista definitiva sobre esos dos chinos que he mencionado, Yeong y Pao, y yo le garantizo que podrá usted regresar inmediatamente a China, sin más contratiempos.

—¿Está bromeando? —exclamó Min Sei.

—No. Nosotros tenemos un coche de ellos, y estamos rastreándolo, pero temo que no conseguiremos nada por ahí. Sin embargo, usted sí puede encontrar una pista de dos chinos dedicados a actividades poco corrientes. ¿Es así o no es así?

—Es así. Puedo intentarlo…, y quizá conseguirlo.

—Consígalo —la anciana se puso en pie—, y al minuto siguiente

estará usted camino de China sano y salvo. Mientras tanto, sería absurdo que intentase escapar.

—Lo sé. ¿Cómo la aviso a usted si encuentro esa pista?

—De un modo sencillísimo —sonrió de nuevo la anciana—: llame usted a la Central de la CIA en Langley, pida que le comuniquen con el Simón de servicio, y pásele la información. Luego, salga de Estados Unidos cuanto antes…, y no vuelva jamás. ¿Está esto claro?

—Sí… Gracias.

La anciana se dirigió hacia la puerta, la abrió…, y Min Sei vio afuera, en el pasillo, a dos atletas rubios que miraron inmediatamente hacia el interior del camerino.

—Naturalmente —dijo Baby—, también le agradecería mucho cualquier información sobre las delicias chinas… que no se refieran a su excelente cocina. Buenas noches, Min Sei.

—Buenas noches —murmuró el chino.

La puerta del camerino se cerró. En el pasillo, la anciana sonrió a los dos agentes de la CIA, y con un gesto indicó la puerta del camerino. Los dos Simones asintieron, ella les tiró un besito moviendo los labios, y se alejó.

Un minuto más tarde entraba en el coche que esperaba frente al Bamboo Club. En el asiento posterior esperaba Simón, que la contempló expectante. Ella asintió, y Simón sacó su radio y abrió el canal.

—Baby ha salido sin novedad —murmuró—. Retirada total.

—Muy bien, entendido —sonó la voz masculina en la radio.

Simón la guardó. El coche ya estaba en marcha, pues Baby se lo había pedido así con un gesto al agente que estaba al volante.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Simón.

—No. Min Sei no sabe nada de nada. Estoy segura de que el Lien Lo Pou no está interviniendo en esto, Simón.

—Pero aquellos dos chinos…

—¿Acaso se podría acusar a la CIA porque un norteamericano robase un melón en China?

—¿Eh…? ¡Caramba, no! —rió Simón—. ¡Qué cosas se le ocurren! Pero la entiendo. Y entonces, demonios, ¿para quién trabajaban aquellos dos chinos?

—Desde luego, no para el Lien Lo Pou. ¿Tenemos noticias de

Vitali Karpof?

—Por ahora, no. Pero tal como ordenó usted anoche a última hora, estamos vigilando a Randolph Graham. Quizá sí que envíen a alguien a hablar con él o a vigilarlo, en sustitución de Yeong y Pao.

—Podría ser. Bien, tenemos muchas cosas en marcha, pero no podemos hacer nada, por el momento, salvo esperar. ¡Que precisamente es lo que más me molesta!

* * *

—Llevamos casi veinte horas aquí dentro —refunfuñó uno de los tres agentes de la CIA—... ¡Estos servicios de veinticuatro horas me fastidian un horror!

Los otros dos le miraron, y encogieron los hombros. Por supuesto, su compañero tenía razón, pero así era su trabajo en ocasiones, y eso era todo. Habían llegado los tres dentro de una camioneta cerrada en cuyos costados se leía que pertenecía a una jardinería. El hombre que la había conducido hasta allí (por supuesto otro agente de la CIA), se había apeado y se había dedicado a ir ofreciendo sus servicios en las casas de la avenida, una de ellas del personaje que debían vigilar: Randolph Graham. Sin haber conseguido encargo alguno, el supuesto jardinero se había ido alejando a pie de la avenida, hasta desaparecer, dejando allí la camioneta, que al día siguiente sería sustituida por otro sistema de vigilancia.

Pero mientras tanto, tres agentes de la CIA permanecían allí en servicio, atisbando hacia la casa por las disimuladas rejillas que había en el costado de la camioneta; y también, por las que había en las puertas de atrás y en la cabina, miraban calle arriba y calle abajo.

Ninguna novedad digna de mención. Por la mañana, poco después de las ocho, Randolph Graham había partido en su coche, evidentemente hacia el Pentágono, pero la vigilancia correspondía entonces a otro grupo de agentes de la CIA, así que los de la camioneta se habían quedado frente a la casa, un poco avenida abajo. Una camioneta que parecía abandonada provisionalmente allí, pero que no sólo estaba ocupada por tres hombres, sino por un perfecto sistema de radioteléfono.

Cerca de las seis de la tarde Graham había regresado, y desde entonces permanecía en su casa. Las comunicaciones que periódicamente se establecían entre los grupos de la CIA encargados de su vigilancia indicaban normalidad absoluta. Aburridísimo.

Y mientras tanto, otras personas lo pasaban estupendamente.

Por ejemplo, aquella pareja que hacía unos minutos había llegado en un coche, que había quedado estacionado detrás de la camioneta, a unos doce o quince metros.

Fue detectada enseguida, naturalmente, y el agente que se encargó de atender el asunto estaba más que mosqueado.

—Se están besando —masculló—… ¡Maldita sea, podrían entrar ya en la casa y dejar de ponerme los dientes largos!

—Déjame echar un vistazo —rió uno de sus compañeros.

—Seguramente ella vive aquí —dijo el otro—, y han estado divirtiéndose por ahí, y ahora se separarán. Si vivieran juntos no estarían en el coche, sino en la cama.

—Donde podrían ir es al infierno —gruñó el espía.

El otro estaba mirando ya. Las luces de la avenida le permitieron ver bastante bien a la pareja, que, en efecto, se estaban besando…, y algo más. Él había abierto la blusa de ella, y el agente de la CIA vislumbró el satinado brillo de los pechos femeninos.

—Esto se está poniendo interesante —advirtió—… ¡Apuesto a que echan un polvo ahí mismo! El sitio es bueno, pues no se ve un alma, y es tan tarde…

—Déjame a mí —pidió el tercero.

Se acercó a mirar. El que había estado en primer lugar mirando el coche volvió a mascullar algo, y, para distraerse, se puso a mirar por la rejilla que le permitía ver la casa de Graham…

—Pues tienes razón —oyó a su compañero—: ésos acaban gozando de un buen polvo, seguro. Ella parece que está como un tren, ¿eh?

—Lástima que no podamos verle bien los pechos —dijo el otro.

—Pero veremos cómo él se la tira. ¡Bueno, no todo tenía que ser aburrimiento! Ahora le está besando los pechos…

—Eh —dijo el que miraba hacia la casa de Graham—… ¡Va a salir!

Inmediatamente, los otros dos abandonaron su espionaje sexual, y se acercaron al de la rejilla lateral.

—¿Qué pasa?

—Sale el coche del garaje…, con las luces apagadas. Al volante va Graham… Pero no va solo. Va una mujer a su lado. Y detrás van otras dos personas…

—¡Su mujer y sus hijos! ¡Demonios, se escapan! ¡Han estado esperando a las tres de la mañana para escapar! ¡Voy a llamar para avisar y pedir instrucciones, esto no lo esperábamos…!

El espía se precipitó hacia el radioteléfono. Mientras tanto, en efecto, el coche de Randolph Graham salía del garaje y descendía por la suave rampa hacia la avenida.

—¿Qué hago? —mascullό el que estaba entre el que miraba por la rejilla y el que se disponía a llamar—. ¿Salgo de la camioneta y me pongo al volante, para seguirlos?

—Espera un momento. Conseguiré comunicación inmediata, y espero que Baby nos diga en el acto…

El que estaba mirando por la rejilla lanzó una exclamación. El coche de los Graham acababa de alcanzar la avenida, pero justo en aquel momento otro coche apareció en el campo visual de la rejilla, por el centro de la calzada, procedente de la parte de atrás de la camioneta. Al volante de este coche, el agente de la CIA vio al hombre que segundos antes había estado besando los pechos de la chica que le acompañaba. A la chica no podía verla…, pero sí vio al otro lado del coche el leve y súbito resplandor, y al instante siguiente, cómo el coche que conducía Randolph Graham estallaba envuelto en una enorme bola de fuego…

—¡Dios mío!

El calor y el resplandor de la bola de fuego entraron por la rejilla, como cuchilladas que impactaron en el rostro del agente de la CIA. Sonó el estampido, y enseguida otro, ocasionado por la explosión del depósito de gasolina del coche. El estruendo fue terrible, la bola de humo negro se elevó rápidamente, todavía resonando el crujir de cristales, de chapa metálica retorcida, reventada…

El agente de la CIA saltó hacia la rejilla delantera, y vio el coche que ya no podía ver por la rejilla lateral. A la luz del brutal incendio vio perfectamente la matrícula, y se volvió, para comunicarla y ser tres a recordarla. Uno de sus compañeros se disponía a salir por las puertas de atrás, y el otro llamaba frenéticamente por el

radioteléfono.

Volvió a mirar hacia el coche de la pareja besucona, que estaba lanzado a toda velocidad avenida arriba. En un instante, desapareció.

—La pareja del coche —jadeó—… ¡Han disparado ellos, ha disparado la chica!

Las puertas de atrás estaban abiertas, y el agente, que ya no veía el coche asesino, se volvió y saltó en pos de su compañero… El calor del incendio era terrible, y su resplandor tan intenso que apenas permitía distinguir las luces que iban apareciendo en las ventanas de las casas más cercanas.

El espía que acababa de saltar a tierra hizo el gesto de echar a correr hacia el coche, pero su compañero lo retuvo por un brazo.

—¿Estás loco? —gritó—. ¡Te vas a achicharrar si te acercas a menos de diez metros!

—Hay… hay cuatro personas ahí, dos de ellas unos muchachos…

—¡Están muertos ya!

* * *

—Confirmado —murmuró Simón, tras detenerse delante de Brigitte Montfort—: en el coche iban Graham, su esposa y sus dos hijos… Los cuatro han muerto. Han quedado carbonizados.

—Dios mío…

—Tenemos la matrícula del coche de la pareja. Me he permitido dar la orden para que sea buscado inmediatamente y con absoluta prioridad. Tenemos ya docenas de hombres patrullando por todas las carreteras: si no se mete en algún sitio, esto es, si circula durante más de una hora, lo detectarán.

—¡Pero que no lo detengan! —exclamó Brigitte, recuperándose —. Quiero que lleguen a su destino, Simón.

—Ya lo he ordenado así —asintió éste.

—Bien. ¡Dios mío, han asesinado a cuatro personas, dos de ellas unos muchachos…!

—Bueno… Nuestros compañeros no pudieron hacer nada…

—No estoy culpándolos a ellos.

—Están destrozados. Pero ¿cómo habían de sospechar semejante

cosa? El hombre y la mujer se estaban besando, parecía que ella vivía allí, que se estaban despidiendo… ¡Y luego, la salida del coche de los Graham! Casi fue casualidad que uno de ellos lo viera. ¡Demonios, eran las tres de la mañana, ni remotamente podían suponer que Graham iba a escapar!

Brigitte permaneció silenciosa, pensativa, sentada todavía en el borde de la cama que había ocupado en uno de los aposentos especiales de la Central de la CIA. Una hora antes, cuando descansaba a la espera de acontecimientos, Simón había entrado para informarla de lo sucedido, y ella, completamente desnuda, había dado un salto en la cama, horrorizada. Ahora, ya vestida y más calmada, todavía se resistía a creer lo que había sucedido.

Pero su mente se había serenado, sus ideas brotaban con la lucidez habitual. Y fueron esas ideas las que le hicieron mover negativamente la cabeza.

—No —susurró—… No escapaban, Simón.

—¿Cómo que no? ¡A las tres de la madrugada…!

—Más bien creo que Graham obedeció determinadas instrucciones… ¡Debimos intervenir el teléfono, pero quisimos ser tan discretos…!

—¿Qué está tratando de decir?

—Creo que lo llamaron por teléfono, y le ordenaron que fuese a determinado lugar con su familia. Saben que lo hemos descubierto, no nosotros, la CIA, sino los rusos. Sí, eso deben de creer. Y le ordenaron que fuese con su familia a determinado lugar, posiblemente ofreciéndole protección, seguridad.

—Bueno, no sé…

—Tiene que ser así. Por eso llegó minutos antes esa pareja en el coche, ¿no lo comprende?

Simón lo comprendió de pronto.

—Dios… ¡Claro que lo comprendo, ahora! Lo llaman, le ordenan que salga, y envían a esa pareja de asesinos. Si fueron allá es porque sabían que iban a salir con el coche, claro. Y por si alguien, casualmente, se fijaba en ellos, se pusieron a besarse… ¡Y luego dispararon la granada incendiaria!

—Ha tenido que ser así —musitó Brigitte—. Bien…, ya no hay remedio. ¿Cómo están las cosas por allá?

—Han llegado los bomberos, claro. Bueno, puede imaginarse el

jaleo… Los nuestros preguntan que qué hacen. Esos tres hombres están hechos polvo, créame.

—Dígales que se marchen con la camioneta. Que vengan aquí. Quizá puedan dictar los rostros de la pareja del coche… No han dicho que fuesen de raza china, ¿verdad?

—No. Eran de raza blanca.

Una hora más tarde, los tres agentes de la CIA estaban frente a Baby, pálidos, esquivando su mirada.

Eran las cinco de la mañana.

—Les voy a rogar que dejen de culparse por lo sucedido —dijo Brigitte—. Todo era imprevisible, y a fin de cuentas, ustedes estaban haciendo bien su trabajo. No se pueden controlar los acontecimientos en tres segundos. Porque todo sucedió en tres segundos, ¿no es cierto?

—Sí —murmuró el que había visto la explosión—… Todo fue rapidísimo.

—Y ni siquiera podíamos acercarnos al coche —intervino otro—… ¡Aquello era un infierno! La granada era incendiaria, había estallado el depósito de combustible…

—Está bien. Los felicito a los tres.

Los tres Simones se quedaron mirando estupefactos a Brigitte. Y tan estupefacto como ellos el Simón que estaba colaborando directamente con la divina espía. La misma idea pasó por la mente de los cuatro hombres: Baby se estaba burlando cruelmente de ellos con aquella ironía. Pero esto no era en modo alguno propio de Baby, así que su desconcierto les impidió reaccionar.

—No —sonrió ella—, no me estoy burlando de ustedes. La verdad es que hicieron lo mejor. Analicemos los hechos… Si hubieran pretendido sacar del coche a alguna de esas cuatro personas, lo más probable es que también ustedes hubieran muerto o resultado malheridos. Eso, dejando aparte que era imposible acercarse. Vamos ahora con la posible persecución del coche de la pareja: si la hubieran emprendido, no habrían tenido éxito, pues el coche, sin duda, debía de ser más rápido que la camioneta, así que todo lo que habrían conseguido habría sido alertar a esa pareja, hacerles saber que habían sido vistos y, posiblemente, identificados o ellos o el coche. Como no los persiguieron, ellos creen que escaparon sin que nadie pudiera tener tiempo tan siquiera de ver el

coche. Pero no fue así, y además de ver el coche usted —señaló a uno de los espías— tuvo la serenidad y competencia suficiente para memorizar la matrícula, gracias a lo cual pronto encontraremos ese coche y, en definitiva, pronto sabremos adónde va. Teniendo todo esto en cuenta, y considerando que era imposible prever que pudiera ocurrir una cosa así…, ¿no les parece que han hecho un buen trabajo?

Los tres mortificados espías se miraron como alucinados. Cuando de nuevo miraron a Brigitte, sus expresiones eran muy diferentes a las de minutos antes. Estaban tan aliviados que no sabían qué decir.

Brigitte se acercó a ellos, y los besó a los tres en ambas mejillas.

—Ahora vayan a descansar, y mañana salgan de viaje. Una semana de vacaciones en Miami, o en Acapulco, o donde quieran les sentará muy bien a los tres. Naturalmente, paga la CIA, de eso me encargo yo.

Cuando los tres espías salieron de allí todavía no habían conseguido reaccionar. Simón sí reaccionó, por fin.

—Ver para creer —musitó—. Si todo el mundo fuese como usted la vida sería diferente.

—¿Mejor o peor? —sonrió Brigitte.

—Buena pregunta —sonrió también Simón—. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Vamos al lugar de los hechos?

—No. Nada podemos hacer allí, y aquí estamos en condiciones de ir recibiendo noticias respecto a las pistas que tenemos actualmente. Esperaremos, Simón. Alguna noticia nos llegará.

La siguiente noticia llegó tan sólo quince minutos más tarde: el coche en el que huía la pareja asesina había sido visto y se hallaba bajo control; por el momento, viajaba hacia el norte, y, en efecto, en él iban un hombre y una mujer. El coche fugitivo estaba metido en tal telaraña que era imposible que escapase. Fuese a donde fuese estaría en todo momento bajo el discretísimo pero infalible control de la CIA.

Hacia las siete y media de la mañana, cuando Brigitte estaba desayunando en su aposento, Simón se reunió con ella una vez más. Y nada más ver su expresión la espía comprendió que esta vez las noticias no eran buenas.

—¿Hemos perdido ese coche? —murmuró.

—No. El coche está en Atlantic City, y el hombre y la mujer se

han instalado en un hotel, el Mayflower, con los nombres de Andrew Coates e Irene Simpson.

—Espléndido —parpadeó Brigitte—. Pero hay una mala noticia, ¿no?

—Los rusos han cazado a Karpof.

—¡Oh, no!

—Karpof llamó a uno de los nuestros, que estaba de enlace con él. Comenzó a hablar, y a los pocos segundos dejó de hacerlo. Colgó el teléfono.

—Cielos… Bueno, era de esperar. Le hemos obligado a trabajar demasiado y demasiado deprisa…, así que sus compañeros debieron de sospechar de él, lo vigilaron, y en cuanto llamó por teléfono para pasarnos la última información conseguida, aparecieron ante él.

—Sí, eso debe de haber sucedido. Mala suerte. Era un buen colaborador… Le van a cortar el cuello, seguro. Es un traidor.

Brigitte asintió, pensativa. Realmente, ¿qué otra cosa podía esperar Karpof de los compañeros a los que había estado traicionando? Aunque eso de cortarle el cuello era un modo de hablar… Primero lo estrujarían, le arrancarían toda la información respecto a la labor que había estado realizando en favor de los americanos, con quién se había entrevistado, por qué sistema… Todo. Luego, sí, le cortarían el cuello, en realidad o simbólicamente, ya fuese fusilándolo en Rusia o encerrándolo de por vida en cualquier horrendo agujero, quizás en Siberia…

De pronto, Brigitte miró a Simón, que la contemplaba expectante.

—Karpof me habló de un jefe importante de ellos, un tal Eugen Visnov, que al parecer está encargado directamente de la búsqueda de los cuatro agentes de élite que les han desaparecido… ¿Conocemos a ese Visnov?

—No.

—Pues tendremos que conocerlo, porque quiero hablar con él…, y espero que no me resulte otro «Volk»[3]…

—¿Y cómo demonios vamos a conocer a Visnov? No es uno de esos agentes de tercera fila que se pasean por Washington, sino un primerísima serie con misiones especiales.

—Hay un medio muy sencillo para conocer a Visnov. Atrapen a cualquier agente ruso de Washington y díganle que se comunique

con Visnov para pasarle un mensaje mío…

—¿La mencionamos a usted?

—Sí, sí. Éste es el mensaje para Eugen Visnov, de parte de la agente Baby: solicito una entrevista personal con él, donde él quiera y como él quiera, para ofrecerle algo que vale mucho más que las palabras o la vida de Vitali Karpof. Y quiero una respuesta antes del mediodía. O eso, o ya no me interesa. Y por si Visnov se niega a la entrevista, ténganlo todo preparado para partir hacia Atlantic City, a fin de hacerles una visita a la pareja asesina…

Eugen Visnov no se negó a la entrevista con la agente Baby. Hacia las once menos cuarto llegó su respuesta: la agente Baby podría conversar con él, a las once y media, en el vestíbulo del Foster Dulles Airport; él llevaría sombrero gris con una banda color crema; ella debía llevar dos libros en la mano derecha y una revista enrollada en la mano izquierda.

Capítulo V

El hombre del sombrero gris con una banda crema en la base de la copa se acercó a la anciana que llevaba dos libros en la mano derecha y una revista en la izquierda. Ella lo miró afablemente a través de los redondos cristales de sus gafas, y él se quitó el sombrero, haciendo una inclinación de cabeza.

—Perdone, señora —murmuró—… Perdone, pero estoy esperando a una persona, y al parecer, es usted.

La anciana sonrió, como encantada de tener ante ella a tan apuesto, cortés y atractivo personaje, cuya edad debía de rondar los treinta años. Era muy guapo.

—Dígale al camarada Visnov —deslizó suavemente— que no me gustan las tonterías, jovencito, y que con quien quiero hablar es con él personalmente.

—Yo soy Visnov, señora.

—No. Usted es un joven agente de la MVD con mucho valor, puesto que está corriendo el riesgo de caer en la trampa que se le podría haber tendido a Eugen Visnov. Yo estoy jugando limpio, de modo que vaya a decirle a Visnov que tiene medio minuto para reunirse conmigo. Medio minuto. Y felicítelo por tener camaradas tan valientes. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señora. Pero le aseguro…

—El medio minuto está contando ya.

El hombre vaciló, sonrió de pronto, dio media vuelta, y se alejó. Brigitte Baby Montfort fue a sentarse a una de las butacas del vestíbulo del aeropuerto, dejó el maletín junto a sus pies y apoyó ambas manos en la empuñadura de plata de su bastón.

Veinte segundos más tarde vio acercarse a otro hombre, éste de unos cuarenta años, alto, atlético, vestido deportivamente, con descuido. Atractivo, pero serio, de facciones pétreas. Se detuvo ante la espía americana, y señaló la butaca contigua.

—¿Puedo sentarme? —solicitó.

—Hágalo. ¿A qué viene esto? —La anciana parecía enfadada—. Usted sabe perfectamente que cuando Baby pide una entrevista personal nunca hay trampas. Y espero que esta vez sí sea usted Visnov, pues de lo contrario ya no habrá contacto.

—Soy Visnov —dijo éste, sentándose—. Perdone mi pequeña tontería de antes, pero tiene que comprender que es una imprudencia por mi parte identificarme.

—Usted sabe perfectamente que podríamos conseguir su fotografía directa, o foto-robot en cuanto quisiéramos. Sabiendo ya que está usted en Washington todo lo que teníamos que hacer era cazar a algunos de sus camaradas y presionarlos. Así que acepte la situación y hablemos inteligentemente.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—A ustedes les han desaparecido cuatro agentes de élite: Milkov, Tirian, Skovenko y Neguchov. ¿Qué daría a cambio de ellos?

—¿Los tienen ustedes? —se sorprendió Visnov.

—No. Pero puedo saber relativamente pronto dónde están.

—¿Qué pide a cambio?

—¿Se han enterado de la muerte de Randolph Graham?

—Sí.

—Bien. Graham estaba vendiéndoles información a ustedes negociándola por medio de su camarada Neguchov. ¿Correcto?

—Sí.

—Es fácil comprender que Neguchov tenía o tiene relaciones con otros americanos afectos al Pentágono; me resisto a creer que se relacionase sólo con Graham. ¿Cierto?

—Cierto.

—Asimismo, sus otros tres camaradas tienen o tenían cada uno de ellos relaciones con un americano traidor, que también les facilitaba información. Es decir, cada uno de sus camaradas tenía relación con varios americanos. ¿Es así?

—Así es.

—Quiero todos los nombres de esos americanos traidores que les han estado vendiendo información a ustedes.

—¿Está bromeando?

—¿Usted qué cree?

—¡No puedo facilitarle esa lista de nombres!

—¿Por qué no?

—Nos ha costado mucho tiempo conseguir esas colaboraciones. Y mucho dinero. Ahora nuestro sistema de información está funcionando muy bien dentro del Pentágono. Sería estúpido decirle quiénes son los americanos que nos facilitan esa información. Forman una red de valor incalculable.

—Le comprendo. Pero ahora que ya sabemos lo que está sucediendo es usted quien tiene que comprender que toda esa red va a ser desmantelada. Nos llevará mucho más tiempo sin esa relación de nombres, pero lo conseguiremos. Usted lo sabe.

—Tal vez lo consigan, y tal vez no. En todo caso, les llevaría mucho tiempo.

—Camarada Visnov: está usted rechazando la oferta más generosa que recibirá en toda su vida de espía, ¿se da cuenta?

—¿Generosa? —Se pasmó el ruso—. ¡Esto tiene gracia! ¿Dónde está su generosidad?

—Debería haberlo comprendido ya. Como veo que no es así, voy a molestarme en explicárselo. Yo tengo la posibilidad, casi la seguridad, de que en breve dispondré de sus camaradas Skovenko, Milkov, Neguchov y Tirian. Estos cuatro hombres conocen a los traidores americanos, así que todo lo que tengo que hacer es preguntárselo a ellos, y sabe muy bien que me dirán esos nombres, a las buenas o a las malas. Posteriormente, desde luego que sus cuatro camaradas se quedarán en Estados Unidos, en prisión, durante muchos años. Todo lo que habré perdido yo, o la CIA si lo prefiere, será un poco de tiempo. Pero ustedes habrán perdido cuatro agentes de élite, y, por supuesto, la red de americanos traidores que hasta ahora les han estado facilitando información. Me decepcionaría mucho que usted no entendiera esto.

—Sí… Lo entiendo —murmuró Visnov, pálido.

—Por lo tanto, mi oferta es generosa. Dígame los nombres de esos americanos traidores, para que la CIA se ahorre molestias y tiempo, y yo le devolveré a usted a sus cuatro camaradas para que sean retirados de Estados Unidos y puedan operar en otro continente. Bien entendido que no puedo garantizarle que los encuentre con vida. Pero si están vivos, se los devolveré a usted. ¿Soy generosa o no?

—Sí, lo es —admitió Visnov—. Pero yo solo no puedo tomar esa decisión.

—Le voy a conceder doce horas para que se comunique con Moscú. Cuando tenga su respuesta, llame a la Central de la CIA, pida comunicación con el Simón de servicio en mi misión actual, y dígale qué han decidido en su Directorio. Si la respuesta es negativa, usted y todos sus camaradas de élite y los de relleno apresúrense a intentar escapar de Estados Unidos, porque saldremos a cazarlos a todos. ¿Está esto claro?

Eugen Visnov tragó saliva. Ahora contemplaba a la anciana con expresión casi aterrada. La perspectiva que ella había expuesto era sencillamente terrible, podía dar lugar a una espantosa masacre.

—Sí —jadeó—… Está claro.

—Muy bien. Y otra cosa: quiero que nos entregue a Karpof.

—¡Ese traidor…!

—¿Por qué se enfurece tanto? ¿Acaso no puede haber traidores también entre ustedes?

—¿Para qué demonios quiere usted a Karpof? ¡Ya no les podrá servir de nada!

—Ni a ustedes tampoco. Nunca me han gustado los traidores, Visnov, pero Karpof ha prestado servicios a la CIA, y quiero que tenga un final… relativamente feliz. Lo vamos a retirar del espionaje, y tanto ustedes como nosotros lo dejaremos en paz en el futuro. Eso es todo.

—También lo consultaré —masculló Visnov.

—Muy bien. ¿Sabe usted algo de las delicias chinas?

—¿De qué?

—Olvídelo, ya veo que no.

—¿Qué es eso de las delicias chinas?

—Se lo diré cuando lo sepa. Bien, no creo que…

—Espere, espere un momento. ¿Está insinuando que los chinos tienen algo que ver en todo esto?

—Uno de los jefes del Lien Lo Pou asegura que no.

—¿Ha hablado usted también con los chinos?

—Por supuesto.

—Tiene usted unos métodos operativos bastante… peculiares, ¿no le parece?

—Sin la menor duda. ¿No le gustan a usted?

Eugen Visnov sonrió de pronto.

—A decir verdad —deslizó— admiro su tremenda eficacia. Ganar una batalla sin un solo tiro no puede conseguirlo cualquiera.

—Gracias por el elogio. Pero, Visnov, recuerde que si llega el momento de los tiros yo siempre estoy preparada también para eso.

—Lo recordaré.

—No creo que tengamos nada más que hablar, ¿verdad?

—Profesionalmente, no. Pero sería muy agradable conversar con usted en el terreno particular. ¿O no?

—Claro que sí —sonrió Baby—. Por lo general soy muy simpática.

—Y joven y bonita.

—En efecto. De modo que las posibles fotografías que me están tomando sus camaradas con teleobjetivo no les servirán de nada.

—¿No se le ha ocurrido que en lugar de fotografías podríamos hacer un par de disparos a su cabeza? Ocurriese lo que ocurriese después, usted ya estaría muerta.

—Es cierto —sonrió la anciana—. Pero dígame, colega: ¿qué harían ustedes, los espías de todo el mundo, si no me tuviesen a mí para resolver sus problemas?

Eugen Visnov se echó a reír. Baby se puso en pie tras recoger su maletín, y, sin más, se alejó. Eugen Visnov esperó un minuto, se puso en pie, y salió a su vez del vestíbulo. Poco después se metía en un coche en el que ya le esperaban tres hombres, uno de ellos al volante.

Fue éste el que dijo:

—Podríamos haberla matado fácilmente, Eugen.

Visnov miró compasivamente a su camarada.

—Eres tonto, Andrei. Nada más que hubieras hecho un gesto que indicase tu intención de esgrimir un arma, alguno de los Simones de Baby te habría volado la cabeza. No habrías tenido tiempo ni de enterarte. Anda, déjate de tonterías y vámonos de aquí… Tengo muchas cosas que hacer.

—Si los de la CIA están efectivamente por aquí, nos van a seguir.

—¿Qué importa? —murmuró Visnov—. Hagamos lo que hagamos, ya estamos listos, fuera de juego. Me conformaría con que realmente nos dejasen volver a casa. ¡Ya lo creo que me conformaría con eso!

—¿Y de qué depende que volvamos o no?

—De qué, no: de quién. Depende de Baby, simplemente.

* * *

Baby llegó a Atlantic City hacia las cinco y media de la tarde, tras un viaje directo pero no apresurado, y deteniéndose tan sólo en un parador para tomar un par de bocadillos, en compañía de Simón, que era quien conducía el coche.

Para entonces, la espía internacional ya no era una venerable y simpática anciana, sino una preciosa muchacha de rubios cabellos y ojos verdes. Verdes y hermosos ojos que se volvieron hacia el asiento de atrás cuando, al detener Simón el coche en una avenida de Atlantic City, un hombre entró en el vehículo. Simón continuó la marcha, y Baby preguntó al otro:

—¿Alguna novedad desde el último contacto?

—Ninguna. ¿Quiere ver sus fotos?

—Por supuesto.

El agente de la CIA de servicio en Atlantic City tendió un sobre a Brigitte, y ésta sacó las fotografías que contenía, no menos de veinte, todas ellas perfectas y en color. En todas las fotografías aparecían un hombre y una mujer, juntos o por separado, ambos jóvenes y atractivos. Él era bastante rubio, ella pelirroja. Muy bonita, encantadora… pero con un corazón de hielo. De otro modo no habría podido lanzar una granada incendiaria contra un coche en el que había cuatro personas, dos de ellas muy jóvenes. Sus nombres ya los conocía Brigitte: Irene Simpson y Andrew Coates.

Devolvió las fotografías.

—De modo que siguen en el Mayflower —murmuró.

—Todo indica que se hallan de vacaciones.

—Qué bien. Supongo que es una tontería preguntarle a usted si ellos se han dado cuenta de que están localizados.

—Me apuesto la vida a que no.

—No juegue con su vida —susurró Brigitte—… ¿Han tenido contacto con alguien en el hotel o fuera del hotel?

—No. Nada que nos haya llamado la atención, hasta ahora. Ocupan la habitación 418. Se han levantado un poco tarde, han almorzado en el hotel, han dado un paseo, y han vuelto al hotel

hace pocos minutos.

—De acuerdo. Yo me encargo de ellos a partir de ahora. Pare cuando quiera, Simón.

Segundos después, Simón detenía el coche, y se apeaba. Brigitte ocupó el puesto del conductor, mientras el otro espía se apeaba también. Simón se inclinó hacia la ventanilla, mohíno.

—Llámenos a la menor señal de complicaciones —murmuró.

—Lo haré.

Dejando a los dos hombres en tierra, Brigitte Montfort se alejó, conduciendo el coche. Minutos más tarde, lo detenía frente al Mayflower Hotel, sito en Main Avenue, ante la playa. El mar estaba tranquilo, de un color gris verdoso.

Un botones acudió a abrir la puerta del coche, y Brigitte se apeó, entregando las llaves al muchacho.

—Sólo hay una maleta —dijo—. ¿Estacionarán ustedes el coche?

—Sí, señorita.

Cuando el botones entró en el hotel con la maleta, Brigitte se estaba inscribiendo en el hotel, con el nombre de Lili Connors. El botones señaló el maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—¿Le subo el maletín?

—No hace falta, gracias.

—Habitación 509 —dijo el conserje, tendiendo la llave al botones; miró a Brigitte—... Bien venida a Atlantic City, señorita Connors.

—Muchas gracias —sonrió la espía más peligrosa del mundo.

Faltaban unos pocos minutos para las seis de la tarde.

Un poco antes de las siete, la señorita Connors entraba en el bar del hotel, se acomodaba ante la barra, y pedía un martini con aceituna. Apenas diez minutos más tarde aparecían en el bar la pareja de asesinos, Irene Simpson y Andrew Coates, que ocuparon una mesita. Por medio de un espejo Lili Connors los vio, y continuó tomando su martini y fumando un cigarrillo, como ajena a las miradas que le dirigían algunos de los clientes del hotel también presentes en el bar.

Poco después, Lili abandonó el bar, sin haber mirado ni una sola vez a los dos asesinos. Subió a su habitación, sacó del maletín la radio de bolsillo, y efectuó la llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz de Simón.

—Están en el bar. Él viste de oscuro, ella lleva traje de noche. Deben de ir a cenar a algún sitio elegante, y quizá vayan luego a un espectáculo. Síganlos ustedes. Yo no quiero que me vean cerca de ellos, por el momento, y además quiero echar un vistazo a su habitación. ¿Entendido?

—Por completo. ¿Algo más?

—No.

Cerró la radio, la guardó, y sacó del maletín su juego de ganzúas, tan perfectas, tan bien estudiadas, que podía abrir cualquier puerta con ellas. Sólo tenía que elegir la adecuada a cada cerradura, maniobrar unos segundos, y listo.

Y esto fue lo que hizo dos minutos más tarde, en el cuarto piso.

Simplemente, abrió la puerta de la habitación 418, entró, y cerró tras ella.

Sería demasiada mala suerte que Coates y la pelirroja se hubieran olvidado algo y subieran a la habitación. Demasiada mala suerte para ellos dos, se entiende.

Lili Connors se comportó como si estuviera en su propia habitación, encendiendo tranquilamente las luces y caminando de un lado a otro. Como la suya del piso de arriba, aquella habitación constaba de un pequeño saloncito, el dormitorio, y, en éste, el cuarto de baño. Elegante, confortable, eso era todo.

Y eso fue todo.

Media hora más tarde, la espía estaba segura de que no había allí nada que pudiera orientarla respecto a quiénes eran realmente Coates y la pelirroja, o para quién trabajaban. Todo era normal y corriente en aquella habitación. Ni siquiera había encontrado un arma. Seguramente, se habían desprendido de ellas por el camino, escondiéndolas bien.

Considerando que la pelirroja y Coates estaban bajo la vigilancia de los Simones, Baby pensó que quizá sería buena idea esperar allí mismo a los dos asesinos, Pero la rechazó al calcular la posibilidad de que mientras ella perdía el tiempo allí quizá los dos perseguidos realizaran algún contacto o maniobra interesante. Así que lo mejor era subir a su habitación, recurrir a la radio, y preguntarle a Simón dónde estaban Irene y Andrew. Había llegado el momento de sostener una entrevista con ellos.

Fue a la puerta, la abrió… y respingó al ver ante ella al chino

que tenía un arma en la mano. Un chino bastante joven, bien vestido, de rostro impenetrable, pero en cuyos ojos vio Baby claramente la intención de disparar.

Hizo lo único que podía hacer: empujó la puerta con fuerza para cerrarla mientras saltaba hacia atrás, metiendo la mano derecha bajo la falda en busca de la pistolita, que llevaba adherida al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo. Consiguió agarrar la pistolita, pero, en el momento en que la esgrimía, la puerta ya se había abierto de nuevo, y, desde el umbral, el chino apuntó al pecho de Brigitte Montfort, y disparó.

La espía sintió el pinchazo en el centro del pecho, y en el acto tuvo la sensación de que su cabeza salía disparada hacia arriba tras girar velocísimamente como un tornillo, para desaparecer en las más densas tinieblas.

Capítulo VI

Su primera sensación fue olfatoria.

Percibió el olor agradable, un tanto dulzón. Y ese olor llevó una información a su cerebro: cerca de ella había comida china, un plato preparado con salsa agridulce… El olor era sencillamente exquisito, pero, aparte de la salsa, no identificaba nada más, así que estaba oliendo un plato chino que nunca antes había probado, que no conocía…

Abrió los ojos, y vio el techo, blanco y liso. No había lámpara alguna allí, y sin embargo había luz. Se sentó, y entonces vio una de las paredes, en la cual había dos apliques de luz que se esparcía indirectamente por la sala. Una sala bastante grande y completamente vacía…

—¿Ha cenado usted ya? —Oyó.

Giró, y vio entonces al chino que estaba comiendo, con un cuenco ante su rostro, sostenido con la mano izquierda, mientras con la derecha utilizaba dos palillos para llevarse la comida a la boca. Junto a él había otros dos chinos, de pie. El que estaba sentado sobre un almohadón con las piernas cruzadas era el que había hablado, sin dejar de comer. Debía de tener unos treinta años, y era más bien alto, atlético, de rostro atractivo e inteligente. Como los otros dos, vestía solamente pantalón y camisa, de color blanco ambas prendas. Y del mismo color eran sus zapatillas deportivas.

Brigitte parpadeó, y miró alrededor. En otra pared había dos apliques más de luz. No había más iluminación que ésa, pero era suficiente. Y resultaba sedante, tranquila.

Volvió a mirar al chino que comía, el cual la miraba ahora con expresión amablemente divertida.

—Quizá no le gusta la comida china —sugirió.

—Sí me gusta —murmuró Brigitte—. Y mucho. En cuanto a ese plato que usted está comiendo tiene que ser delicioso.

—Lo es —asintió el chino—. Está preparado con carne de mono que nos llega enlatada desde China. ¿Le repugna?

—No.

—Admirable. ¿Y el Ha Kai Chiew? ¿Lo bebería usted?

—No sé lo que es.

—Es un vino también chino, naturalmente, que tiene propiedades medicinales de gran eficacia. Y también es exquisito…, pero me parece que no sería usted capaz de beberlo.

—¿Por qué no?

—Acérquese.

Brigitte se puso en pie, y se acercó al chino, que señaló una botella que había sobre una bandeja depositada ante él con otros platos. La espía miró la botella, y a una seña del chino la tomó… No pudo evitar un ligero respingo al ver dentro de la botella un lagarto entero. El chino se echó a reír.

—Está muerto, por supuesto —dijo—. Debe de llevar ahí dentro mucho tiempo, dándole sabor al vino al mismo tiempo que esas grandes propiedades medicinales. ¿Desea probarlo?

Brigitte volvió a mirar el cadáver del lagarto dentro de la botella, y sonrió ceñudamente.

—Si no va usted a molestarse preferiría no beberlo —contestó.

—Me lo figuraba. ¿Tal vez prefiere un poco de Shao Hsing? Eso es vino de arroz, simplemente.

—¿Me han traído aquí para invitarme a vino?

—No. ¿Cómo se encuentra?

Lili Connors, o Brigitte Montfort, o Baby, recordó de pronto el pinchazo que había notado en el pecho, y se llevó una mano allí, mientras comprendía que le habían disparado un dardo especial con narcótico. Percibió un leve dolorcillo en el lugar donde tenía el pinchazo.

—Me encuentro bien —murmuró—… ¿Es así como capturaron a mis camaradas, utilizando esos dardos?

El chino la miró realmente sorprendido.

—¿Sus compañeros? ¿A quiénes se refiere?

—A los cuatro rusos. Usted ya sabe.

—¿Es usted rusa? —El chino parecía desconcertado ahora—. Creíamos que era americana. Se inscribió en el Mayflower con el nombre de Lili Connors, ¿no?

—No iba a inscribirme como Galina Cherkova, ciudadana rusa agente de la MVD.

—Ya. ¿Es por eso que llevaba usted una peluca rubia? ¿Es una espía rusa?

Lili Connors se llevó la mano a la cabeza, de la cual, en efecto, faltaba la peluca rubia. Pero conservaba puestas las lentillas de color verde; al tener cerrados los ojos no habían reparado en ellas, de momento.

—Ya se lo he dicho —murmuró—… ¿Y usted quién es?

—Myong Ho. ¿Le dice esto algo?

—No.

El chino iba a decir algo, pero en aquel momento se abrió una puerta al fondo de la vacía sala, y entraron otros dos chinos.

Brigitte reconoció inmediatamente a uno de ellos: era el que le había disparado el dardo.

Pero su atención se centró inmediatamente en el otro. De baja estatura, debía de tener unos cincuenta años, era delgado, de rostro seco, cabellos agrisados. Su boca era apenas una raya dura, hostil. Y nada más ver sus ojos comprendió Brigitte que aquel era el hombre más peligroso de todos. Cuando aquellas negras pupilas se clavaron en ella sintió un lento estremecimiento de pies a cabeza. Este chino comenzó a hablar con Myong Ho como si Brigitte no estuviese allí. Pero cuando la conversación en chino terminó, miró a la espía, y preguntó secamente:

—¿Ha llegado usted detrás de Irene y Andrew?

—Sí. Estábamos vigilando a Randolph Graham, vimos cómo lo mataban a él y a su familia, y seguimos a los dos hasta el Mayflower Hotel.

—¿Dónde están sus amigos?

—Siguiendo a esos dos.

—Y usted fue a ver qué encontraba en la habitación de ellos… Bien, tuvo mala suerte de que Siu también tuviera que pasar por esa habitación para limpiarla de cualquier posible pista que pudieran dejar Irene y Andrew. Se había alojado dos días antes en ese hotel precisamente para eso, y se habría marchado por la mañana. Usted ha precipitado su marcha… con su baúl.

—No van a ganar nada con eso, ya que nosotros tenemos localizados a los dos asesinos de los Graham…

El chino se permitió una sonrisa que de nuevo estremeció a Brigitte. Y le hizo comprender la realidad.

—¿Los han eliminado? —susurró.

—Naturalmente —asintió el chino—. Fueron utilizados porque resultaban menos llamativos por allí que hombres de mi grupo, sobre todo después de la desaparición de dos de ellos. ¿Sabe usted algo de esto?

—Si se refiere a Pao y Yeong, sí. Los tenemos prisioneros. Y no tardarán en ceder bajo las torturas y decirnos cómo encontrarle a usted. De momento sólo estamos cuatro en Atlantic City, pero en cuanto Yeong y Pao hablen, seremos los suficientes para atacarle en su cubil.

—Está usted mintiendo. Pao y Yeong están muertos. De otro modo, ustedes ya les habrían sacado la información y habrían venido en masa a Atlantic City. De modo que ni saben ni sabrán dónde encontrarme. Y esto es precisamente todo lo que quería saber, señorita Connors… ¿O realmente es usted rusa?

—Sí.

—Muy bien —comenzó a hablar en ruso el chino—. Para mí que es usted americana, pero quizá pueda convencerme de lo contrario.

—¿Cómo podría convencerle? —replicó Brigitte en ruso a su vez —. Además, ¿qué ganaría con ello? Más bien creo que el hecho de ser rusa le va a molestar a usted más que si fuese americana.

—Entonces ¿por qué ha admitido ser rusa?

—Porque se habrían enterado de todos modos, y no tengo ningún deseo de ser torturada.

—Eso es muy consecuente por su parte. Dígame: ¿se han enterado finalmente los americanos del asunto de sus cuatro camaradas?

—Algo están olfateando, porque vigilaban a Graham. Sus dos asesinos los pillaron por sorpresa y los dejaron atrás, pero no a mí y a mis camaradas. De todos modos, naturalmente, los americanos buscarán a Andrew Coates y a Irene Simpson.

—Eso ya no importa. La habitación está limpia y ellos dos están muertos. En cuanto al coche, ellos mismos lo alquilaron. No voy a tener problemas por esa parte. Pero tal vez los camaradas de usted me ocasionen algunos, porque cuando noten su desaparición comenzarán a investigar, y se enterarán de que en el hotel estaba

alojado un chino.

—Sí, lo harán —sonrió Brigitte.

—Pero nunca encontrarán a Siu, se lo aseguro. Dentro de poco se irá de aquí, muy lejos, sin dejar rastro alguno.

—Es evidente que dirige usted muy bien este grupo del Lien Lo Pou —deslizó Brigitte.

—¿Cree usted que pertenecemos al Lien Lo Pou? —sonrió secamente el chino.

—No puede ser de otro modo.

—Ah. Muy bien, piense lo que quiera. Está claro que es rusa, pues habla el idioma a la perfección. Pero, rusa o no, usted no tiene ya el menor interés para mí. Así que ¡hasta nunca, Galina Cherkova!

—Espere un momento —susurró Brigitte—... ¿Qué son las delicias chinas?

El chino ladeó la cabeza, y entornó los párpados.

—¿De dónde ha sacado esa expresión?

—Sus hombres Yeong y Pao las mencionaron, pero está claro que no se referían a comida, ¿verdad?

—Será mejor para usted que lo ignore. Me resulta más bien agradable, señorita Cherkova.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—En el sentido de que no le gustaría saber lo que son las delicias chinas.

—Pero mis camaradas Milkov, Tirian, Neguchov y Skovenko sí lo saben, ¿no es así?

—Sí, ellos lo saben.

—¿Qué es lo que pretende usted con todo esto? ¿Para qué ha secuestrado a mis cuatro camaradas?

—Adivínelo.

—¿Para que le informen a usted respecto a los nombres de los americanos que están vendiéndonos información sobre el Departamento de Estrategia del Pentágono? ¿Es eso lo que quiere usted? ¿Conocer a esos americanos para… heredar de nosotros toda la información sobre la futura estrategia norteamericana? ¿Con qué fin?

Myong Ho, que hasta entonces no parecía haber estado haciendo caso de nada, dedicado a su comida, dejó de comer, y se quedó mirando como alelado a Galina Cherkova. Los dos chinos que

estaban de pie junto a él la miraban también, muy abiertos los ojos. Siu, el que había disparado el narcótico contra ella, parecía asustado… En cuanto al chino director del grupo había quedado como petrificado, y sus ojos apenas se veían entre los párpados, tanto había cerrado éstos.

Durante unos segundos el silencio fue total, denso, como una losa cuya presión sobre los allí presentes fuese insoportable.

Por fin, el chino director del grupo hizo una seña a Siu, se dirigieron ambos hacia la puerta, y Siu la abrió. El otro se volvió, ya a punto de salir, y dijo:

—Matadla.

Y abandonó la sala.

Myong Ho suspiró, y continuó comiendo. Durante unos segundos, eso fue todo. Luego se sirvió un vasito de Ha Kai Chiew, que paladeó con gran placer. Terminó limpiándose pulcramente los labios con una blanquísima servilleta de fino hilo.

—¿Sabe usted lo que es el Tai Chi Chuan, señorita Cherkova? —preguntó.

—Es una especie de… gimnasia china muy útil para el cuerpo y la mente. Se practica generalmente al amanecer en toda China, individual o colectivamente, en los jardines públicos.

—Más o menos es eso. Lo que no muchas personas saben es que puede ser un sistema de lucha tan peligroso como el famoso Kung Fu.

—El Kung Fu es de movimientos velocísimos, y el Tai Chi Chuan es de movimientos lentísimos, como a cámara lenta.

—Cierto. Pero precisamente esa lentitud de movimientos proporcionan al practicante de Tai Chi Chuan una gran seguridad en ellos, un extraordinario aplomo, lo cual, en un momento dado, permite que esos movimientos, realizados a gran velocidad, sean… de una precisión y eficacia extraordinaria. ¿Practica usted alguna lucha?

—Tal vez —sonrió la espía.

Myong Ho también sonrió.

—Es de suponer que sí. La MVD no enviaría a Estados Unidos a una muchacha cuyas únicas armas fueran su encanto personal. Sí, seguramente es usted una mujer peligrosa. Y me alegro de eso: lo contrario no tendría emoción. Pero me gustaría saber cuál es su…

arte en la lucha. ¿Boxeo, defensa personal especializada, karate, judo…?

—De todo un poco.

—De todo un poco… Magnífico. Mire, señorita Cherkova, esto es lo que podríamos llamar un gimnasio de Tai Chi Chuan. Lo practicamos pacíficamente entre nosotros, sin golpes mortales, claro está. Eso nos tiene un poco frustrados, pues no acabamos de valorar la… calidad de nuestros conocimientos.

—Y usted ha pensado que pueden salir de dudas practicando a muerte conmigo.

—¿Le parece mal?

—Será como un asesinato.

—Sí. Pero como de todos modos usted ha sido condenada a muerte… ¿qué importa cómo la matemos?

Myong Ho se había puesto en pie, y se desplazó lentamente hacia Brigitte, que no se movió. Los otros dos chinos se adelantaron también hacia ella, tan despacio que parecía que apenas se movían.

—Este movimiento —susurró Myong Ho, adelantando lentísimamente un paso— se llama *Ti Shou Shang Shi*. Me estoy preparando para ejecutar otro más interesante, el *Tan Pien*, o Latigazo Simple…

Brigitte Montfort continuó inmóvil, entornados los párpados, sin perder de vista a los tres chinos que adelantaban tan lentamente hacia ella. Parecían tres gatos cercando sigilosamente al ratoncito. Sus movimientos eran de gran belleza, tranquilos, sedantes, pero la espía no se engañó por eso. Sabía que para ejecutar aquellos movimientos, precisamente tan lentos, era necesario tener un gran sentido del equilibrio y de la coordinación muscular, nerviosa y hasta mental… Eran la perfección de los lentísimos movimientos del gato, que en cualquier momento podía quedarse quieto como una estatua o atacar con la velocidad del rayo.

Myong Ho optó por esto último, de pronto, acercándose velozmente a Brigitte y comenzando a alzar una pierna… El inicio del movimiento fue registrado en la mente de la espía, y sus reflejos actuaron inmediatamente en una magnífica demostración de se no sen, la más envidiable facultad de un judoka, que consiste en saber qué clase de ataque va a recibir cuando éste apenas se ha iniciado, y contrarrestarlo de modo fulminante, anticipándose a dicho ataque.

La anticipación por parte de Baby no fue completa, pero sí suficiente. Se inició cuando ya la pierna de Myong Ho se alzaba, pero tuvo tiempo de desviarla con el antebrazo izquierdo hacia el exterior, y al mismo tiempo alzó ella su pierna derecha. La punta aguda del zapato femenino se hundió como una lanza entre las ingles de Myong Ho, que lanzó un alarido de bestia herida, saltó en el aire, y cayó rodando, encogido, formando una bola, desencajado su rostro en un horrendo gesto de agonía.

El zarpazo de uno de los amigos de Ho alcanzó a Brigitte sobre el seno derecho, produciéndole un dolor espantoso, que la hizo retroceder, palidísima, tambaleante. El otro chino aprovechó la ocasión para lanzarle a su vez otro golpe, ahora al rostro. Las manos de Brigitte asieron la del chino, la espía giró colocándose de espaldas a su enemigo y encajando el brazo de éste, retorcido, bajo su sobaco derecho; acto seguido, Brigitte bajó el cuerpo y tiró de la mano del chino hacia arriba.

El brazo crujió como madera seca bajo la presión del escalofriante *waki gatame* de judo, partiéndose como si en efecto fuese una simple astilla. El chino se desplomó aullando su dolor y mirando con ojos desorbitados el hueso que salía por la articulación, como una lanza sangrienta.

Brigitte ya había saltado hacia atrás, esquivando la acometida del tercer chino, el que antes la había golpeado en el pecho, y que lanzaba ahora una patada. En su esquiva, Brigitte casi cayó al suelo, y el chino, llameantes ahora los ojos, volvió a la carga, de nuevo utilizando los pies. La patada llegó esta vez cuando la espía recuperaba el equilibrio. Giró como una peonza, se colocó a la derecha del chino, que aún tenía la pierna en alto, le puso la mano derecha en la cara, le agarró por el brazo derecho, y pasó su pierna hacia adelante y la volvió hacia atrás con terrible fuerza, bajando la cabeza. Su pierna derecha barrió hacia arriba la pierna del mismo lado del chino, su mano derecha empujó la cara de éste hacia atrás… El chino fue despegado del suelo, alzado, y proyectado contra el suelo de espaldas y de cabeza bajo la poderosa ejecución del *O Soto Gari* de judo. Su cabeza crujió como un coco, rebotó, y quedó inmóvil, muerto, mientras Brigitte, siguiendo el impulso del movimiento seguía hacia delante, llegaba ante Myong Ho, que se ponía en pie con penas y trabajos, y le descargaba un *tsuki* de karate

sobre el corazón.

El directo fue sencillamente mortal. Myong Ho cayó hacia atrás, con los ojos en blanco y el rostro desencajado, rebotó, quedó boca abajo, y todo su cuerpo se relajó súbitamente.

Detrás de Brigitte, el chino cuyo brazo había roto como si fuese un palillo seguía aullando, contemplando alucinado el espantoso destrozo de su brazo.

Brigitte fue hacia él, y el chino alzó la cabeza, la miró, y en su rostro apareció una mueca de pavor. El puntapié en el hígado lo hizo saltar para caer de nuevo, ahora sin sentido.

Segundos más tarde, Brigitte estaba ante la puerta de la sala, jadeando. La abrió, salió a un pasillo, y echó a correr por él. Un chino apareció por el otro extremo del pasillo, la vio, gritó algo, y en su mano derecha apareció un cuchillo. Brigitte hubiera continuado corriendo hacia él, pero apareció otro chino, armado con una pistola, y la apuntó inmediatamente.

Baby se lanzó contra la puerta que tenía a su derecha, la empujó, y entró trompicando en el pequeño cuarto…, mientras en el pasillo sonaba el estampido del disparo. Oía más voces en chino ahora, mientras su mirada se clavaba en la ventana que había frente a la puerta, y ante la cual había ido a parar dando traspiés. Alzó la ventana, se encaramó a ella, y saltó al exterior, a un patio oscuro. A unos ocho metros vio el muro de ladrillos, y corrió hacia él sin pensárselo, saltó, se agarró al borde con ambas manos, y se izó con fortísimo impulso.

Cuando volvió la cabeza vio la silueta de un chino en la ventana, y de alguna parte llegó una luz que hizo relucir la pistola. Baby saltó al otro lado del muro, y la bala crujió por encima de éste, donde una fracción de segundo antes había estado ella.

La caída fue terrible, por culpa de los zapatos de tacón alto. Brigitte rodó por el suelo, se sentó rápidamente, se quitó los zapatos, y vio en lo alto del muro la cabeza del chino que se encaramaba. Y a su lado otra cabeza enseguida…

Se puso en pie, lanzó un zapato, y el chino primero lanzó un gruñido cuando le recibió en pleno rostro.

El otro zapato de la espía pasó por encima del muro cuando los dos chinos, uno farfullando y el otro sobresaltado por la inesperada reacción de la fugitiva, caían al suelo, ante los pies de otros dos

hombres que acababan de saltar por la ventana.

Cuando volvieron a saltar el muro, Lili Connors, Galina Cherkova, Brigitte Baby Montfort, se había esfumado en la noche.

Capítulo VII

—¿Qué hacemos con ellos, en definitiva? —preguntó Simón, mohíno.

Brigitte estuvo todavía unos segundos contemplando los cadáveres de Irene Simpson y Andrew Coates. Ambos estaban sentados en sendas butacas de un cine, uno junto a otro, y parecían dormidos, con la cabeza caída blandamente sobre el pecho.

Pero no estaban dormidos. Brigitte había comprobado ya la causa de su muerte poco antes, al alzarles la cabeza: cada uno de ellos tenía un diminuto punto negro en la garganta, que no se veía cuando dejaban caer la barbilla. Era un punto negro que tenía alrededor una pequeña, aureola de color rojizo. En conjunto, la marca dejada por el pequeño dardo envenenado que había penetrado en sus gargantas no era más grande que la letra o minúscula de una máquina de escribir corriente.

Por fin, Brigitte alzó la cabeza y echó un vistazo al local. Hacía más de una hora que la función cinematográfica había terminado, de modo que la sala estaba vacía de público…, a excepción de Coates y su pelirroja compañera asesina. En la puerta había dos agentes de la policía, de uniforme, mirando con curiosidad a los agentes de la CIA que iban de un lado a otro en busca de una posible pista, y, sobre todo, a la hermosa mujer de verdes ojos que parecía dirigir el grupo de espías.

—Dejaremos que la policía se haga cargo de ellos, para que procedan con su sistema habitual en casos de asesinato —dijo por fin Brigitte—. Por supuesto, la CIA no debe ser mencionada en ningún momento, Simón.

—Claro. He pensado que podríamos enviar las huellas de estos dos al FBI y a la Central. Quizá consiguiéramos algo.

—Lo dudo, pero la idea es buena, así que háganlo. Está claro que quien les disparó los dardos estaba en una fila más adelantada

que ésta. ¿No vieron a ningún chino en el local?

Simón desvió la mirada.

—Había dos, pero en ningún momento se acercaron a Coates y la muchacha —murmuró—. No iban juntos, y además salieron por separado, uno antes de que terminase la función, el otro con el resto del público. Pensamos que si tenían algo que ver con Coates y la Simpson ya se pondrían en contacto, y que mientras tanto, si esos chinos tenían algo que ver con ellos era mejor no acercarnos, para no alarmarlos.

—Sí, eso estuvo bien hecho, naturalmente —suspiró Brigitte—. Pero lo cierto es que cuando esos chinos salieron del cine habían matado a estos dos con una cerbatana.

—Sentimos mucho haberle fallado —gruñó Simón.

—No lo consideren un fracaso. Estas cosas pasan. Nadie es infalible, Simón. Bien, que se los lleve la policía, y que pasen sus huellas al FBI y a la Central. Aunque estoy segura de que por ese lado no vamos a conseguir nada. Ni buscando en este cine tampoco, así que retirémonos todos.

Brigitte y Simón se desplazaron hacia el pasillo por entre las dos filas de butacas, dejando allí a los dos asesinos asesinados. No era extraño que el público no se hubiese alarmado cuando terminada la película fueron encendidas las luces de la sala. Parecían talmente dormidos, y debieron de pensar eso, simplemente. Incluso más de un espectador debió de sonreír al ver a la pareja que ni se había enterado de que la película había terminado. Pero, mientras el público abandonaba la sala, el agente de la CIA que había entrado en el cine en pos de Irene y Andrew, comenzó a comprender que algo anormal estaba ocurriendo. Avisó a Simón, esperaron a que no quedase público en la sala sin permitir que el último empleado del cine se acercase a «despertar» a los espectadores Irene y Andrew, y entonces se acercaron a ellos.

Un minuto después, Simón recurría a la radio para llamar a Baby e informarla de lo sucedido…, y su alarma aumentó al no recibir respuesta de la espía. Tanto se alarmó que tomó uno de los coches y se trasladó al Mayflower Hotel…, donde encontró a Baby cinco minutos más tarde, cuando ésta regresaba al hotel para subir a su habitación precisamente en busca de la radio para comunicarse con él.

Enterada del lugar donde estaban los cadáveres, Brigitte se había trasladado allí, pero realmente había sido perder el tiempo. Por el camino desde el hotel al cine había informado a Simón de lo sucedido en el gimnasio de Tai Chi Chuan, y acto seguido habían enviado un grupo de Simones a rodear el lugar, hacia el cual pensaban dirigirse ahora.

Así que entraron en uno de los coches, y el agente que lo conducía no necesitó explicaciones. Simplemente, se puso en camino hacia donde estaba el gimnasio de Tai Chi Chuan según las explicaciones dadas anteriormente por Brigitte.

—Quizá podríamos rastrear al chino del hotel, ese King Mao —sugirió Simón, a la desesperada.

—No veo posibilidad alguna de ello —rechazó Brigitte—… Además, como le he dicho, su nombre no es King Mao, sino Siu. En estos momentos debe de estar fuera de nuestro alcance.

—Ese maldito la sacó a usted metida en una maleta grande, como si fuese… una mercancía.

—Peor habría sido que me dejara muerta en la habitación de Coates y la Simpson, ¿no? —sonrió Brigitte.

—Por fortuna no se enteraron de que era usted Baby… ¡Habrían tomado muchas más precauciones, en lugar de dejarla en manos de aquellos tres insensatos!

—Supongo que sí —asintió Brigitte.

En este momento sonó el zumbido de llamada en las radios de Brigitte y los dos Simones que iban en el coche. Fue Simón-Jefe quien atendió la llamada.

—¿Sí?

—Oye, soy Simón-Contacto Central —sonó la voz del agente encargado de permanecer en contacto con la Central—: acaban de llegar noticias de algo sucedido en Washington hace poco.

—¿Qué ha sucedido?

—Se han cargado a Min Sei.

Simón palideció.

—¡Cómo que se han cargado a Min Sei! —aulló—. ¿Quiénes lo han hecho?

—No lo sabemos. Min Sei iba por la calle, y le han disparado desde un coche que ha desaparecido. Le han metido cinco balazos en el pecho, tres de ellos en pleno corazón.

—¡Quizás han sido los rusos! ¡Ese Visnov debe de haber sabido…!

—No —dijo Brigitte—, no han sido los rusos. Han sido los chinos.

—¿Los chinos? —Simón la miró atónito—. ¡Vamos…! Nosotros sabemos que ese mago ilusionista no se llamaba Min Sei, sino Tei Wing, y que era uno de los importantes jefes del Lien Lo Pou en Estados Unidos… ¿Por qué demonios tendrían que habérselo cargado los chinos?

—Porque él andaba buscando una pista sobre Pao y Yeong, los dos chinos que yo maté. Se enteraron, naturalmente, y lo han eliminado.

—Ya… ¿Quiere decir que lo han hecho los amigos de Pao y Yeong?

—Evidentemente.

—Pues la han hecho buena, porque es seguro que el Lien Lo Pou no dejará escapar a quienes lo hayan hecho, por muy chinos que sean. No entiendo esto: chinos enfrentados a chinos… ¿Qué puede pretender ese grupo de chinos enfrentándose al Lien Lo Pou?

Brigitte Baby Montfort frunció el ceño, y no contestó. Simón cortó la comunicación con su compañero, desconcertado, y el coche continuó circulando hacia el gimnasio de Tai Chi Chuan. Cuando llegaron a éste Baby todavía no había dicho una sola palabra.

Un agente de la CIA apareció en cuanto el coche se detuvo, y se metió en el asiento delantero, volviéndose hacia Brigitte y Simón.

—No hay nadie ahí dentro —murmuró—. Se han llevado a los dos muertos y al herido, todo está vacío. Pero estamos registrando todo por si encontramos alguna pista.

—No encontrarán ninguna —musitó Brigitte.

—¿Por qué no? —Se resistió Simón—. Ese chino que decretó la muerte de usted, el que llegó con el tal King Mao, o Siu, quizá no sea tan listo, y en su precipitación por huir puede haber olvidado algún detalle.

—No —aseguró Brigitte—. Es demasiado listo. Esta contingencia debía de tenerla prevista hace tiempo. No encontraremos nada ahí dentro, seguro.

—Se me ocurre que usted podría dictar su rostro a algunos dibujantes, y haríamos fotos-robot, para repartirlas por toda la

ciudad y buscarlo hasta el último rincón. ¡Lástima que no llegasen a pronunciar su nombre en ningún momento delante de usted! Sería más fácil, claro.

—Tal vez.

—Eso de las fotografías-robot —dijo el agente que acababa de entrar en el coche— podría dar resultado si ese chino listo se quedase en Atlantic City, pero en estos momentos debe de estar muy lejos de aquí, ¿no?

—Es posible —farfulló Simón—… Sí, debe de haberse marchado con el tal Siu, al enterarse de lo sucedido en el gimnasio. ¡Pues sí que estamos bien!

—¿Hay cocina en el gimnasio? —preguntó de pronto Baby.

—¿Qué? ¿Cocina? —Se pasmó Simón—. Pues no sé…

—Vaya a verlo. Si hay cocina, buscaremos un poco más ahí dentro, por si nuestro amigo Listo hubiera cometido algún error. Si no hay cocina, venga a decírmelo y desalojen el local.

El desconcertado agente asintió, y salió del coche. Simón miraba a Brigitte, igualmente desconcertado.

—¿Qué tiene que ver nuestro amigo Listo con que haya o no haya cocina en el gimnasio? —preguntó por fin.

—El chino Myong Ho estaba cenando cuando yo desperté. Si hay cocina en el gimnasio, mala suerte. Pero si no hay cocina ahí, quedará bien claro que le trajeron la comida desde algún restaurante chino, ¿no le parece?

—Bueno… Sí, claro… Podría ser así. ¿Y qué?

—Pues que entonces todo lo que tendríamos que hacer sería buscar ese restaurante chino.

—¡Debe de haber por lo menos dos docenas de restaurantes chinos en Atlantic City! ¡Y Listo se habrá marchado del suyo, si es que lo tiene! ¡Jamás sabríamos…!

—¿Por qué cree usted que se ha marchado de la ciudad? Yo creo que no lo ha hecho, ni piensa hacerlo, de momento. Está más seguro en la ciudad que intentando escapar de ella. Nuestro amigo Listo es muy listo, ¿no?, así que tiene que comprender que la CIA, la Policía, y todos aquellos organismos que podamos utilizar van a bloquear las salidas de la ciudad y a detener a todos los chinos que intenten salir de ella. Así pues, se quedará en Atlantic City.

—Quizá tenga usted razón —se admiró Simón—. Pero eso no

quiere decir que lo encontrásemos en un restaurante como si nada estuviese pasando. ¡Y primero tendríamos que encontrar el restaurante, lo que me parece imposible!

—Ya veremos —sonrió secamente Brigitte.

Unos minutos más tarde regresó al coche el agente de la CIA que había sido enviado a ver si había o no cocina en el gimnasio.

—No hay cocina —dijo.

—Así pues, le llevaron la cena desde un restaurante…, que posiblemente no estará muy lejos de aquí. Bien, queridos: por la mañana quiero una lista completa de todos los restaurantes chinos que hay en Atlantic City. Y esa lista debe estar encabezada por el restaurante que esté más cerca del gimnasio, al que seguirán los demás por orden de proximidad. ¿Me han entendido?

—Por supuesto —gruñó Simón—. Pero dígame: ¿qué espera usted conseguir con esa lista?

—Está muy claro: elegir el restaurante chino al que iré a cenar mañana por la noche…

* * *

Hacia las nueve menos cuarto de la noche siguiente, una encantadora anciana vestida de negro entró en el restaurante chino llamado Catay, y con su bastón de empuñadura de plata hizo un gesto perentorio a uno de los camareros, que se acercó en el acto, sonriente.

—Joven —dijo la anciana—, he decidido probar la comida china por primera vez en mi vida, y espero que valga la pena. Pero antes de sentarme a una de sus mesas, quisiera echar un vistazo a la cocina… ¡Detesto las cocinas sucias!

El joven camarero chino contemplaba estupefacto a la exigente anciana. Un poco más allá, otro chino de más edad, que llevaba una preciosa casaca roja con un dragón negro bordado en el pecho, se acercó, con gesto obsequioso, y el camarero le habló rápidamente en chino. El otro sonrió, y miró a la anciana.

—Señora, nuestra cocina está siempre limpia —aseguró.

—Me han dicho que las cocinas chinas son muy sucias —se impacientó la anciana—… ¡Exijo echarle un vistazo a la de usted antes de quedarme a cenar aquí! ¡Y si usted no me permite echar

ese vistazo voy a organizar tal escándalo que…!

—Por favor… Por favor, señora… Está usted perturbando a los demás clientes. Venga por aquí, por favor, se lo ruego. No hay inconveniente en que vea usted nuestra cocina… Sígame.

—Así me gusta —dijo secamente la anciana.

Se fue en pos del chino hacia el fondo del local, cruzaron una puerta, y caminaron por un corto y amplio pasillo, a cuyo final estaba la cocina. El chino empujó la puerta batiente, y la anciana entró. Tres hombres de raza china atareadísimos se volvieron, y se quedaron mirándola asombrados. La mirada de la anciana recorrió la cocina de un extremo a otro, se acercó a examinar unas cacerolas, los platos, los vasos… Los chinos cambiaban miradas entre sí, sin salir de su asombro.

—Bueno —dijo por fin la anciana, casi sonriendo—, no es ninguna maravilla, pero voy a quedarme.

—Muchas gracias, señora… Permítame acompañarla. Me ocuparé personalmente de que ocupe la mejor mesa…

—Lo que tiene que ser bueno es la comida, no la mesa. De todos modos, gracias. ¿Sabe que es usted muy amable?

—Gracias, señora —sonrió el chino.

Un minuto más tarde, la anciana se sentaba a una mesa. En la puerta del restaurante, un hombre joven, alto y rubio, que parecía haber estado esperando a alguien allí, salió de pronto a la calle.

La anciana miró sonriente al chino.

—Y ahora… ¿qué pido? ¡No tengo ni idea!

—Si usted me lo permite, señora, voy a encargarme de que le sirvan una cena que no podrá olvidar. ¿Cuento con su confianza?

—Estoy segura de que la merece. ¡A ver qué menú me sirve!

—Déjelo en mis manos.

El chino se retiró. La anciana colocó su bastón en un lado de la mesa, y se dedicó a observar con impertinente mirada a los restantes clientes del restaurante. Había algunos chinos, pero todavía más clientes de raza blanca. El ambiente era agradable, muy sosegado. En las paredes colgaban cuadros de paisajes chinos verdaderamente encantadores. Del techo pendían los clásicos farolillos, con cintas de colores colgando… El joven alto y rubio que antes había salido entró de nuevo, acompañado de otro, igualmente atlético, pero tirando a pelirrojo, y ocuparon una mesa cerca de la

anciana, que los miró sonriente, como maravillada de tener como vecinos de mesa a dos muchachos tan apuestos.

Unos minutos más tarde comenzó a llegar la cena de la anciana dama, y el director del restaurante comenzó a darle explicaciones mientras la servía personalmente. Al parecer satisfecha con las explicaciones, la anciana comenzó a cenar.

Cuando estaba a la mitad del segundo plato entró Simón, solo, y se quedó mirándola. Ella lo miró, y Simón hizo un gesto de asentimiento con la cabeza: el restaurante chino estaba completamente rodeado, nadie podría escapar del cerco tendido por la CIA.

La anciana asintió, y continuó cenando plácidamente. Un minuto más tarde palideció de pronto, dejó caer el tenedor sobre los palillos que no había utilizado, y se llevó una mano al vientre. Los dos agentes de la CIA que cenaban cerca de ella la miraron con súbita expresión de alarma, y palidecieron a su vez al ver el gesto de dolor en el pálido rostro de la anciana. Uno de ellos se puso en pie, y se acercó rápidamente.

—¿Qué le ocurre? —musitó.

—Simón —jadeó la anciana—… Simón, me han… me han envenenado…

El agente de la CIA se apoyó con ambas manos en la mesa, aturdido, blanco su rostro como la leche. El otro se acercó a toda prisa.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—¡La han…!

—No griten —pidió Baby—… Avisen a Simón afuera, que no escape… nadie de aquí… ¡nadie!

—Ve a avisar a Terry —jadeó uno de los espías—… ¡Que llame inmediatamente a un médico, y que…!

—¿Ocurre algo? —Sonó una voz de pronto junto a ellos—. ¿Puedo ayudarles?

Brigitte alzó vivamente la cabeza al oír aquella voz. Su mirada, turbia, se clavó en el chino que tenía al lado mirándola con gesto sarcástico. Allá lo tenía, allá estaba el chino al que habían puesto el nombre de Listo, el hombre que había ordenado en el gimnasio que la mataran… Colocó ante Brigitte el vaso que llevaba en la mano izquierda, y recomendó:

—Beba un sorbo, señora: verá cómo se encontrará mucho mejor enseguida.

Los dos agentes de la CIA llevaron la mano en busca de sus armas, pero Brigitte les hizo un gesto brusco.

—No… ¡No! ¡Vuelvan a su mesa!

—Pe-pero…

—¡Vuelvan a su mesa!

Los dos espías no se decidían. Los demás clientes miraban todos hacia la mesa de la anciana, junto a la cual se sentó Listo tras acercar una silla.

—Le sugiero que beba un sorbo cuanto antes —señaló el vaso—, de lo contrario el veneno progresará tanto que no habrá nada que hacer.

Brigitte miró el vaso, lo tomó, y bebió un largo trago. No podía ocurrirle nada peor que lo que le estaba ocurriendo ya. El dolor en su vientre era insoportable, atroz. Era como si mil lanzas al rojo vivo le estuviesen perforando las entrañas… Pero, a los pocos segundos de haber bebido del contenido del vaso aspiró profundamente, y el color comenzó a volver a su rostro. Otros pocos segundos después miró a los indecisos Simones, y murmuró:

—Vuelvan a su mesa.

Quedaron solos ella y Listo. Los demás comensales comenzaron a perder interés por el asunto.

El chino se inclinó con gesto amable hacia la anciana.

—¿Cómo me ha encontrado?

Brigitte volvió a suspirar profundamente. El dolor había desaparecido completamente.

—Por el olor de uno de sus platos —dijo—: el que estaba cenando anoche en el gimnasio su amigo Myong Ho. Antes que en éste he estado en otros siete restaurantes, y en todos he exigido ver la cocina. En la suya he percibido el olor del plato que comía Myong. ¿Realmente es carne de mono?

—Fantástico —se admiró el chino—… ¡Me ha encontrado usted por el olfato! Pero todavía es más fantástico lo que pasó anoche en el gimnasio. Cuando fuimos a recoger a Kui no podíamos creer lo que él nos explicó que usted había hecho. Quiero decir que usted es Lili Connors, o Galina Cherkova, ¿no es así, señora?

—En efecto.

—Y también es Baby, ¿no es así? ¡Por favor, no siga con el cuento de que es usted una espía rusa! ¡Ah, si hubiera sabido anoche quién es usted…!

—Bueno, ya lo sabe ahora. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Hou Kiang. Estaba abajo cuando me dijeron…

—¿Abajo? ¿Dónde, abajo?

—Ya lo verá —sonrió Listo—. Decía que estaba abajo cuando me vinieron a advertir de la presencia de tan extraña dama, y luego de la presencia de dos jóvenes… muy característicos. —Miró hacia los Simones, que los contemplaban a su vez expectantes—. Comencé a pensar, y me dije que la CIA me estaba pisando los talones. Acto seguido recordé a la rusa Galina Cherkova que se desembarazó tan fácilmente de tres hombres bien preparados para la lucha, que escapó como si fuese humo… Sumé a todo esto la invasión anoche del gimnasio, y el hecho de que en el cine donde fueron eliminados Irene y Andrew estuviera la policía con varios hombres de paisano…, hasta que llegó una mujer… ¿Me comprende?

—Por supuesto. Usted dedujo que los rusos no podían hacer todo eso.

—Exacto. Entonces, eran los americanos. La CIA, claro está. Y si eran los americanos los que se estaban acercando a mí… ¿quién podía ser la muchacha de la peluca rubia que en el gimnasio había matado a dos hombres y destrozado a otro?

—Realmente, es usted muy listo, Hou Kiang. ¿Qué me han puesto en este plato?

—Un veneno mortal… si no se le controla periódicamente.

—¿Periódicamente?

—Sí. Salvo que yo esté medicándola con ciertos polvos diluidos en agua durante no menos de cuarenta y ocho horas morirá irremisiblemente.

—Lo que significa que durante cuarenta y ocho horas debo permanecer junto a usted.

—Camino de China —asintió Hou Kiang, sonriente—. O eso, o moriremos los dos. Me pregunto qué preferirá la CIA: permitir que me la lleve o que usted muera en menos de tres o cuatro horas.

—La CIA hará lo que yo decida —murmuró Brigitte—. ¿Fue usted quien ordenó la muerte de Min Sei, es decir, de Tei Wing, en Washington?

—En efecto. Supe que andaba haciendo molestas indagaciones.

—Supongo que sabía usted que Tei Wing era uno de los más importantes jefes del Lien Lo Pou en Washington.

—Sí, claro.

—¿Y pese a esto ordenó su muerte? ¿Se atrevió a enfrentarse al Lien Lo Pou?

—A mí no me da miedo el Lien Lo Pou.

—Debo creerlo, puesto que pretende usted llevarme a China.

Hou Kiang se quedó mirando fijamente a la anciana. De pronto, sonrió, pero ceñudamente.

—Es usted demasiado lista —susurró.

—O usted demasiado tonto —sonrió Brigitte.

—Me he traicionado, ¿no es cierto? He cometido un solo error, y usted lo ha detectado en el acto.

—Así es —asintió plácidamente la anciana—. Si usted no hubiera dicho nada de llevarme a China, seguiría creyendo que forma parte de un grupo que no tiene nada que ver con el Lien Lo Pou, un grupo privado que está tramando algo por su cuenta… incluso atreviéndose a enfrentarse al Lien Lo Pou. Pero si usted quiere llevarme a China, es porque allí se considerará a salvo, y porque podrá entregarme precisamente el Lien Lo Pou. Luego, por mucho que usted haya tratado de aparentar lo contrario, está usted trabajando para el Lien Lo Pou, el servicio secreto chino. Y está realizando una misión tan importante que no sólo está utilizando hombres especiales no relacionables con el Lien Lo Pou, sino que se permite incluso asesinar a Tei Wing, en el convencimiento de que la superioridad del Lien Lo Pou no se lo censurará. En definitiva, usted y su grupo, que trabajan supersecretamente para el Lien Lo Pou, están tramando algo tan importante que vale la pena perder a Tei Wing y a muchos como él con tal de conseguir su objetivo. ¿Qué es lo que están tramando?

Hou Kiang se puso en pie.

—Acompáñeme —dijo sonriente—… Puesto que usted tiene interés por las delicias chinas, voy a mostrárselas.

Capítulo VIII

Nada más ver las delicias chinas, Brigitte se estremeció de pies a cabeza, dio la vuelta, y corrió hacia un rincón, donde comenzó a vomitar violentísimamente. Durante un par de minutos se sintió morir, vomitando sin cesar, observada con curiosidad por Hou Kiang, y por los dos chinos que habían encontrado en el sótano situado bajo el restaurante, y que ahora estaban en la puerta de aquel cuarto que uno de ellos había abierto.

El sótano estaba ocupado por cuatro hombres; es decir, por lo que quedaba de cuatro hombres. Era imposible identificarlos, pero Brigitte había comprendido que eran los cuatro rusos desaparecidos: Piotr Milkov, Félix Tirian, León Skovenko y Emil Neguchov…

Cada uno estaba tendido cara al techo en un catre que en lugar de colchón o colchoneta tenía clavos, en los cuales habían quedado ensartados los espías rusos de élite. Completamente desnudos, sujetos al catre por grilletes de hierro, no podían moverse en absoluto. No habrían podido hacerlo aunque no hubiesen estado sujetos por los grilletes, porque los cuatro tenían rotas las piernas, inflamadísimas. También tenían rotas varias costillas, y alguno un brazo, o la clavícula. Además de esto, las torturas directas a la carne habían sido espantosas. A uno de ellos le faltaba la mitad de la cabellera, como si hubiera sido escalpelado por un indio, y a dos les faltaba un ojo, que era un sangriento boquete negro…

El espectáculo era tan horrendo en otros muchos detalles que, sólo recordándolo de nuevo, Brigitte volvió a vomitar, lo que mereció un comentario por parte de Hou Kiang:

—No esperaba que la agente Baby fuese tan impresionable, francamente. Y si quiere que le diga la verdad, esto es sólo una parte de mis delicias chinas. Para el futuro tengo preparadas muchas más, digamos más… artísticas. Tengo que admitir que esto es sólo una chapuza.

—Quiero… salir de aquí —jadeó Brigitte—… ¡Salgamos de aquí!

—Por supuesto. Y no sólo vamos a salir de aquí abajo, sino del restaurante, de la ciudad, y de Estados Unidos. Iremos los dos a China… o los dos moriremos.

—Pero… ¿qué pretende usted? —Casi gritó Baby—. ¿Qué están haciendo, por qué?

—Usted ya lo adivinó —dijo Hou Kiang—… Hemos realizado una prueba con estos cuatro rusos, y debo decirle que ha dado todos los resultados apetecibles. Nosotros tenemos en proyecto reclutar en Estados Unidos personajes de gran importancia en todas las altas esferas, pero comprendimos que esto no iba a ser fácil. Somos demasiado identificables. Si hubiéramos comenzado directamente nuestro plan de reclutamiento, la CIA o el FBI no habrían tardado en darse cuenta de que algunos personajes importantes comenzaban a relacionarse demasiado con chinos, y habrían iniciado investigaciones. No, no es fácil para nosotros tratar directamente con los norteamericanos que nos interesan, así que nos pusimos a pensar… ¿Cómo conseguir información de los personajes americanos sin relacionarnos directamente con ellos al principio? La idea llegó, por fin: utilizando a los rusos… ¿Se encuentra mejor?

—No. Quiero salir de aquí ahora mismo.

—De acuerdo. Charlaremos un poco en otro cuarto, para que usted se convenza de que debe colaborar conmigo si quiere conservar la vida.

Salieron de aquella habitación, evitando mirar Brigitte a los cuatro rusos semicadáveres. Los dos chinos cerraron la puerta, y Brigitte y Hou Kiang entraron en otro cuarto.

—Como le decía —continuó Hou Kiang—, decidimos utilizar el gran potencial del espionaje soviético, así que comenzamos a vigilar a sus más significados agentes. Finalmente, elegimos a cuatro, y los secuestramos en un ataque simultáneo y muy bien estudiado, de tal modo que no dejamos rastro. Una vez los tuvimos en nuestro poder comenzamos las… negociaciones. Les dijimos que no queríamos que traicionasen a Rusia, sino que sólo debían informarnos de sus contactos con traidores americanos. Naturalmente, se negaron, al principio, pero ya ha visto usted que no fue una gran idea. Se habrían ahorrado conocer mis delicias chinas. Finalmente, como era de esperar, fueron cediendo, y hemos confeccionado una lista de

veintinueve norteamericanos que hasta ahora han estado vendiendo información a la MVD. ¿Se da cuenta? ¡Veintinueve americanos traidores! ¿Qué significaba esto? Pues, significaba exactamente que nosotros íbamos a poder contar con los servicios de esos veintinueve americanos…

—Uno de ellos, Randolph Graham —susurró Brigitte.

—En efecto. Bueno, ya que conoce usted a uno lo utilizaremos a él como ejemplo, como prototipo de todos. Conseguimos un contacto personal muy discreto con el señor Graham, y le mostramos algunas fotografías de los cuatro rusos, y le dijimos que sabíamos que él estaba vendiendo información a Rusia sobre la futura estrategia militar de Estados Unidos en todo el mundo. No teníamos nada que oponer a eso, él podría seguir vendiendo información a Rusia, pero… también tendría que facilitárnosla a nosotros. Y, sobre todo, su misión básica consistiría en reclutar a más americanos sin que los rusos ni, claro está, los americanos, se enterasen. De este modo, utilizando primero a los rusos y luego a los americanos, vamos a crear una red informativa sobre los proyectos del Pentágono. Y todo eso, sin comprometernos directamente. Pero, supongamos que el señor Graham hubiese optado por sincerarse con la CIA y decirles lo que tramaban los chinos. Eso sería muy grave, ¿verdad?

—Y por eso decidieron que todos creyesen que no era cosa del Lien Lo Pou.

—Exacto. Había que dejar esto bien claro. Podrían acusar a unos cuantos chinos de lo que ocurriese, pero no al Lien Lo Pou. Y mientras tanto, aunque algunos americanos decidieran arriesgarse a todo y delatasen el asunto, quedarían muchos otros que seguirían adelante…, sobre todo, cuando conociesen las delicias chinas.

—¿Les amenazaron con hacerles lo mismo que a esos cuatro desdichados rusos?

—A ellos, no: a sus familiares.

—Dios mío…

—De modo que el señor Graham se asustó muchísimo, y decidió seguir adelante: seguiría sirviendo a los rusos, pero al mismo tiempo nos pasaría la misma información a nosotros, y reclutaría más personal americano en todas las esferas a fin de conseguir siempre la máxima información sobre el aparato bélico

norteamericano.

—Pero… ¿para qué?

—Queremos conocer todos los dispositivos tácticos de los Estados Unidos durante los próximos años, para saber en todo momento cuál es su poderío y cómo piensa utilizarlo en caso necesario. Pero no estamos pensando en vigilar sólo a Estados Unidos, sino también a otros países, como Rusia, Canadá, Reino Unido, prácticamente toda Europa… Y siempre, siguiendo el mismo sistema indirecto para obtener la información. Como le he dicho, esto de capturar rusos para enterarnos de su red de traidores americanos ha sido un experimento… muy satisfactorio, así que en breve lo pondremos en práctica en otros lugares. Por ejemplo, en Rusia capturaremos agentes de la CIA a los que obligaremos a decirnos qué importantes personajes soviéticos están traicionando a Rusia vendiendo información a la CIA. Y así, en todo el mundo. ¿Comprende el sistema?

—Sí. Pero sigo sin comprender qué pretenden ustedes con todo esto… ¿De qué les puede servir conocer la estrategia militar futura de Europa, de Estados Unidos o Canadá…?

—Son sólo preparativos para ofrecerles a todos dentro de poco tiempo las más grandes delicias chinas.

—¿Qué delicias?

—Las delicias de una guerra total para la que China se está preparando, y que estallará antes del año mil novecientos noventa. Antes de que acabe esta década del siglo XX China invadirá el mundo, empezando por Asia. Y para ello, como usted comprenderá, no es suficiente que nos estemos preparando para la guerra, sino que es vital que sepamos cómo se están preparando los demás países del mundo. De modo que estamos camino de conseguir toda esa información, y cuando la tengamos… Bueno —sonrió Hou Kiang—, cuando la tengamos habrá llegado el gran momento. Y para el año dos mil, señorita Connors, las delicias chinas se habrán extendido por todo el planeta. Será una guerra majestuosa, en la que entonces novecientos millones de chinos, quizá mil millones, pasearán triunfalmente por todos los rincones de este mundo.

—Usted está loco —jadeó Brigitte.

—¿Yo? Le aseguro que no. Yo sólo soy un peón, una pequeña pieza en este juego en el que se están realizando los preparativos

para la guerra. Yo obedezco órdenes, eso es todo. Y ahora, puesto que parece que se encuentra usted mejor, obedecerá las mías. Usted le dirá a sus Simones que sin duda rodean este lugar que yo y todos mis hombres vamos a salir, y que deben dejarnos marchar libremente…

—¿De verdad cree que voy a hacer semejante cosa? —sonrió de pronto Brigitte.

—De lo contrario, morirá.

—No pienso morir. Tengo que informar a la CIA de lo que usted acaba de decirme. Y la CIA, naturalmente, advertirá a los restantes países sobre los proyectos de China.

—Usted no va a informar a nadie, porque estará en todo momento a mi lado, y yo no permitiré que diga otra cosa que esas órdenes para que nos dejen paso libre.

—Ya. Y si no le obedezco sumisamente no me dará esos polvos que van curando lentamente los efectos del veneno que me ha hecho ingerir con la comida.

—Así es, ya se lo dije antes.

—Bueno, Hou Kiang —la sonrisa de la anciana pareció convertirse en una máscara de hielo—, quiero decirle que, al menos, sus delicias chinas han servido para salvarme la vida.

—¿Qué?

—No debió usted permitir que yo vomitara… tanto.

Hou Kiang parpadeó, desconcertado.

Y de pronto, su rostro se demudó, quedó lívido… Inmediatamente, metió la mano en un bolsillo, sacó una navaja cerrada, y apretó el resorte, haciendo aparecer la afilada hoja.

—Maldita seas —jadeó—… ¡No le dirás a nadie lo que te he explicado!

—Recapacite —aconsejó la anciana—: si me mata no saldrá vivo de aquí. Si mis Simones no me ven con usted, lo detendrán… o lo harán pedazos.

—No será necesario. Ha sido usted muy hábil al aprovechar la ocasión para vomitar hasta vaciar su estómago de todo, incluido el veneno, pero jamás dirá a nadie lo que ahora sabe. ¡Jamás! Esa información nunca saldrá de aquí, porque la voy a matar… y luego me mataré yo. ¡Y nadie sabrá nada, nadie podrá impedir que en su día China consiga su objetivo!

—Mucho me temo, Hou Kiang, que no llegará nunca ese día de las delicias chinas.

—Llegará... ¡porque usted y yo vamos a morir aquí y ahora, y nunca nadie sabrá nada!

Dicho esto, Hou Kiang se adelantó hacia la anciana, blandiendo la navaja, con la que lanzó un puntazo hacia la garganta de la espía más peligrosa del mundo..., cosa que Hou Kiang, por entusiasmado que estuviese con las futuras delicias chinas, no debió olvidar jamás.

Simplemente, la anciana retrocedió, esquivando la cuchillada, y, al mismo tiempo, apretando, como sólo ella sabía hacerlo, el puño de plata de su bastón. El fino estoque de acero apareció suavemente, sin sonido alguno. Hou Kiang se detuvo en seco, miró con expresión desorbitada el largo estoque, y abrió la boca para gritar el aviso a los dos chinos que esperaban en el pasillo...

Todo lo que tuvo que hacer Brigitte fue adelantar un largo paso, y el estoque se hundió en la garganta de Hou Kiang como si el cuello fuese de mantequilla. Hou Kiang se envaró, pareció que sus ojos fuesen a saltar de las órbitas, fijos en la mujer que acababa de matarle tan limpia y certeramente. Quedó rígido, paralizado, con la punta del estoque sobresaliendo por su nuca... Brigitte retiró de pronto el estoque, con seco y veloz gesto, y un chorrito de sangre apareció en el diminuto orificio.

De repente, Hou Kiang se desplomó.

Evidentemente, él jamás disfrutaría de las delicias chinas.

Brigitte limpió el estoque en las ropas del chino, y lo escondió de nuevo en el interior del bastón. Acto seguido se inclinó sobre el cadáver, y procedió a registrarlo, mientras su fino oído estaba atento a cualquier ruido procedente del pasillo.

No parecía que Hou Kiang llevase encima nada que valiese la pena... hasta que Brigitte se fijó en la sortija que lucía en el dedo meñique de la mano izquierda.

Se la quitó, la estuvo examinando unos segundos, y comenzó a presionarla suavemente por todas partes, siempre manteniendo el pequeño rubí hacia arriba... De este modo, cuando el rubí se alzó como una diminuta tapa, los polvos de color blanco que había en el pequeño hueco no se vertieron. Brigitte cerró de nuevo la sortija, y se la puso en el dedo anular de la mano izquierda, musitando:

—Por si acaso no ha sido suficiente con vomitar, tengo el antídoto… ¡Y estos polvos sí que van a parecerme auténticas delicias chinas!

Se irguió, fue hacia la puerta, y la abrió tranquilamente, saliendo al pasillo con la cabeza vuelta hacia el interior del cuarto.

—De todos modos, Hou Kiang —dijo sosegadamente—, no creo que la CIA permita…

Los dos hombres se acercaban, también tranquilos, convencidos de que, en efecto, la anciana estaba hablando con Hou Kiang, que salía tras ella… Cuando se dieron cuenta del engaño, ya no pudieron hacer nada. El que estaba más próximo a la anciana recibió de lleno en los testículos el formidable puntapié, y saltó como un conejo, encogido, privado del conocimiento. El otro lanzó una exclamación de sobresalto, metió la mano derecha bajo su axila izquierda, y… y el estoque, apareciendo de nuevo, vibró hacia él, atravesó su muñeca, y se hundió en el pecho, justo en el corazón… Un ronco gemido brotó de la boca del chino, que cayó hacia atrás. Cuando rebotó en el suelo, ya estaba muerto. La anciana le quitó la pistola, y se dirigió al tramo de escalones que ascendía. Llegó al pasillo de la cocina tras cruzar el cuarto al nivel de la calle en el que estaba camuflada la entrada al sótano, y, dejando la cocina a su espalda, caminó tranquilamente hacia el restaurante, en el que apareció pistola en mano.

Los primeros en verla fueron los dos Simones, que en el acto se pusieron en pie de un salto, esgrimiendo también sus armas, y gritando:

—¡Que nadie se mueva!

Sonaron gritos femeninos, ruido de sillas… Uno de los camareros llegó de un salto a una mesa, agarró un cuchillo, y echó a correr hacia Brigitte Baby Montfort. No dio más de tres pasos: el Simón rubio disparó, y la parte posterior de la cabeza del chino reventó. El hombre dio una vuelta sobre sí mismo, y rodó por el suelo hasta llegar ante los pies de la anciana, que dijo:

—Damas y caballeros, por favor perdonen este susto, pero todo terminará enseguida. No tienen nada que temer. Por favor, permanezcan en sus asientos. Simón, avise a Simón por la radio.

El Simón pelirrojo utilizó su radio, por la que habló con voz tensa, casi chillona, sin dejar de mirar a Brigitte. Apenas había

guardado la radio cuando entró Simón, acompañado de varios hombres. Todos miraron a la anciana con los ojos muy abiertos. Y la anciana señaló por encima de su hombro hacia atrás.

—Controlen a los de la cocina y bajen al sótano, donde todavía queda uno vivo.

Simón distribuyó rápidamente a los agentes de la CIA, y él se acercó a Brigitte, alterado.

—¿Está usted bien?

—No del todo, pero no se preocupe. Además de que vomité horriblemente, tengo ciertos polvos maravillosos.

—¿Polvos? ¿De qué está hablando?

—Oh, es cierto, usted no sabe que me han envenenado…

—¿QUÉÉÉ…?

—Cálmese. Todo está bien. Es decir… no sé qué dirá Eugen Visnov cuando vea a sus camaradas…

—Por cierto, me han avisado de que Visnov ha llamado a la Central para decir que acepta el trato. Tiene la lista de los traidores que les han estado vendiendo información. Naturalmente, han comprendido que dadas las nuevas circunstancias, esos hombres no les iban a servir de gran cosa, pues serían pronto detectados, así que han aceptado el canje: la lista, por sus cuatro camaradas.

—¿Y qué hay de Karpof?

—Ya lo han soltado. Está en la Central, esperando qué se decide sobre su destino.

—¿Su destino? Está muy claro, ¿no?: vivir solo y miserablemente el resto de sus días.

—¿No le vamos a ayudar?

—¿Por qué, si ya no podrá facilitarnos más información? El traidor era útil mientras nos daba algo. Pero ya no podrá darnos nada, así que nada vamos a darle. Es decir, le damos la vida… ¿Qué más puede pedir?

—Eso es muy duro.

—Los traidores no pueden esperar de mí otra cosa. Avisen a Eugen Visnov. Díganle… díganle que venga a Atlantic City a recoger a sus camaradas para llevárselos a Rusia… después de que hayan sido atendidos en un hospital, naturalmente.

* * *

Debían de ser las once de la mañana cuando, por fin, Eugen Visnov desvió la mirada de los lechos, todos en la misma habitación, en los que yacían sus cuatro camaradas hospitalizados.

Miró a la anciana que le contemplaba atentamente, y murmuró, con voz temblorosa:

—Es horrible lo que han hecho con ellos. ¡Todo este asunto ha sido horrible!

—Siento mucho no haber podido entregárselos en mejor estado, Eugen.

—No es culpa suya… Bien, los dos hemos cumplido. ¿Qué sigue ahora?

—Puede usted regresar a Moscú o quedarse aquí con sus camaradas hasta que ellos estén en condiciones de viajar. Si se queda, nadie le molestará.

—Tendré que consultarlo. ¿Qué harán con Karpof?

La anciana se lo explicó, y el ruso se quedó mirándola desconcertado.

—¿Tanta dureza con él, que les ha estado sirviendo…, y tantos miramientos conmigo y con mis cuatro camaradas…, que somos espías enemigos?

—Pero no son traidores —susurró la anciana—. Adiós, Eugen, Si en cualquier momento necesita algo dígales a mis Simones que se lo proporcionen. Pero recuerde: no vuelva jamás por Estados Unidos.

Este es el final

—¿Y qué te dijo el ruso? —preguntó Minello, interesadísimo por el relato de lo sucedido.

—¿Qué había de decirme? —sonrió Brigitte—: que no volvería por aquí, claro está.

—¿Y tú lo creíste? —Se pasmó Frankie.

—Claro que no —rió ahora la divina espía—… ¡Sé de sobra que los espías mienten siempre, Frankie!

—¿Y qué pasará si vuelve?

—Oh, qué preguntas más tontas estás haciendo… ¡Tendrá que atenerse a las consecuencias, naturalmente!

—Sí, claro… ¡Zambomba, vaya con las delicias chinas! ¿Crees que de un modo u otro conseguirán invadir el mundo?

—No lo sé. El tiempo lo dirá… Pero si yo tuviese poder de mando, jamás invadirían nada.

—¿Por qué? —se animó Frankie—. ¿Qué harías? ¿Eh? ¿Qué es lo que tú harías?

—Lo único que puede hacerse, lo único que debe hacerse: ser de verdad amigos de los chinos. Si en lugar de dedicar tanto esfuerzo a la carrera de armamento, todos lo dedicasen a ayudarse unos a otros, el mundo sería una delicia… —De pronto abrió mucho los ojos, con expresión asustada, y exclamó—: ¡Una delicia normal y corriente, claro, no una delicia china!

Frank se echó a reír, y Brigitte, tras su propio sobresalto, lo imitó… Y todavía estaban riendo cuando Peggy apareció en el salón del apartamento de Brigitte, precediendo a Charles Alan Pitzer, que miró con desconfianza a Minello.

—¿Qué pasa con tantas risas? —Se mosqueó.

—¡No va por usted, hombre! —exclamó Frankie—. ¡Estábamos hablando de las delicias normales y corrientes!

—Ah… ¿Qué delicias?

—Pues no sé —Minello miró a Brigitte—… ¿Qué delicias, reina de mi vida?

—Ésta, por ejemplo —dijo Brigitte—: tener amigos con los que charlar agradablemente. ¿Tomaría usted una copa de Perignon con guinda, tío Charlie?

—No he venido a otra cosa —sonrió Pitzer.

—¡Usted sí que entiende de delicias, zambomba! —exclamó Minello—. Y ya que hablamos tanto de delicias… ¿No le parece que Brigitte está deliciosamente deliciosa?

—¡Y tú eres deliciosamente tonto! —rió Brigitte.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Tonto a la vista*. < <

[2] El Servicio Secreto Chino. <<

[3] «Volk», que en ruso significa «Lobo», es uno de los personajes centrales en la aventura de Baby titulada *El Lobo anda suelto*. <<